

Se vende ático

Adolfo Marsillach

PERSONAJES

MARTA.

ANDRÉS.

LOLA.

JOSÉ JOAQUÍN.

D.^a AMALIA.

AMPARO.

CHARO.

Actor, que hace diversos papeles.

Actriz, que hace diversos papeles.

Primera parte

En un escueto escenario -a lo mejor tan escueto que sólo es una luz-, un individuo/funcionario les está diciendo a MARTA y a ANDRÉS, protagonistas de esta historia...

FUNCIONARIO.- Hemos terminado. La semana que viene recibirá cada uno de ustedes la documentación. Buenos días.

(El Funcionario se va y nuestra pareja se queda sola.)

ANDRÉS.- Bueno, ya está.

MARTA.- Sí.

ANDRÉS.- No ha sido tan difícil.

MARTA.- No. Lo han simplificado mucho.

ANDRÉS.- Antes era prácticamente imposible.

MARTA.- Sí.

ANDRÉS.- ¿Estás bien?

MARTA.- Vaya.

ANDRÉS.- Tienes buen aspecto.

MARTA.- Gracias.

(Hay una pausa.)

ANDRÉS.- ¿Cómo sigue la casa?

MARTA.- Bueno... como siempre. Limpia. Más o menos.

ANDRÉS.- Ya, ya me figuro. No me refería a eso. ¿Y las plantas? ¿Han crecido?

MARTA.- El filodendro está muy bien, pero a la yuca le pasa algo: se le secan las hojas.

ANDRÉS.- ¿La riegas con frecuencia?

MARTA.- Sí, claro.

ANDRÉS.- No la riegues demasiado. No es bueno.

MARTA.- Ya lo sé.

ANDRÉS.- Se muere; si se la riega mucho, se muere.

MARTA.- Oye, ya te he dicho que no lo hago.

ANDRÉS.- Perdona. Siento no volver a verte.

MARTA.- ¿Por qué no nos vamos a poder ver alguna vez? Somos amigos.

ANDRÉS.- Sí, pero ya nada será igual.

MARTA.- Mira, Andrés, justamente nos hemos divorciado para que nada vuelva a ser igual. ¿O no?

ANDRÉS.- Sí.

MARTA.- Bueno, pues adiós.

ANDRÉS.- Adiós.

(ANDRÉS se va, al mismo tiempo que aparece JOSÉ)

JOAQUÍN -un hombre tal vez algo mayor-. Se modifica la escena, introduciendo algún mueble, y MARTA se quita el abrigo que llevaba puesto como si acabara de llegar a su casa, que es en donde ahora estamos. Durante el cambio, ha sonado alguna música antigua y muy conocida.)

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Qué tal?

MARTA.- Bien. En realidad, el divorcio ya estaba concedido. Sólo había que cumplir los últimos trámites.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Y Andrés?

MARTA.- Como siempre. Un poco más gordo. Se ve que Lola le da mejor de comer que yo.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Ya viven juntos?

MARTA.- No, todavía no. Están buscando piso.

JOSÉ JOAQUÍN.- Eso deberías hacer tú.

MARTA.- ¿Por qué? Esta casa me gusta.

(JOSÉ JOAQUÍN tiene un arranque de sinceridad.)

JOSÉ JOAQUÍN.- Me resulta incómodo venir aquí.

MARTA.- ¿Y yo? ¿También te resulto incómoda?

(MARTA ha contestado a JOSÉ JOAQUÍN con una frivolidad algo forzada.)

JOSÉ JOAQUÍN.- No, tú no. **(Se besan. Suena el teléfono.)** Espera. Yo lo cojo. **(JOSÉ JOAQUÍN va al teléfono, lo descuelga y habla.)** Sí... Dígame... Ah, sí, un momento. **(A MARTA.)** Es Andrés.

MARTA.- ¿Andrés? Pero si acabo de dejarle.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Te pones?

MARTA.- A ver, ¡¡qué remedio! **(MARTA al teléfono.)** ¿Qué pasa...? ¿Y por qué no me lo has dicho antes...? Está

bien, pues dímelo ahora. Sí, claro, por teléfono. Pero si hemos estado juntos hace un rato... De acuerdo. ¿Cuándo? ¿Mañana? Es que mañana... Bueno, a las siete. No te retrases. Adiós, sí, sí, allí te espero. Adiós.

(MARTA cuelga el teléfono.)

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Qué quería?

MARTA.- Hablar conmigo.

JOSÉ JOAQUÍN.- Pero, ¿no habéis hablado ya esta mañana?

MARTA.- Sí, pero por lo visto se le ha olvidado decirme algo.

JOSÉ JOAQUÍN.- Qué raro.

MARTA.- ¿Te parece?

JOSÉ JOAQUÍN.- Un poco. ¿Y tú qué le has dicho?

MARTA.- ¿Qué podía decirle? Que bueno. Hemos quedado mañana por la tarde a la salida del despacho.

(JOSÉ JOAQUÍN está francamente sorprendido.)

JOSÉ JOAQUÍN.- No es que quiera meterme en lo que no me importa, pero creo que has hecho una tontería.

MARTA.- Es posible.

JOSÉ JOAQUÍN.- Cuando las cosas se acaban, se acaban. Es absurdo pretender alargarlas.

MARTA.- Está bien. No me riñas.

JOSÉ JOAQUÍN.- No te riño. Ah, por cierto: la yuca se está secando, ¿no será que la riegas demasiado?

(Suena una música -también absolutamente pasada de moda- para amparar este próximo cambio. En escena hay una camarera que está preparando una mesa de café con dos sillas, cuando llega ANDRÉS, quien se sienta en una de ellas.)

ANDRÉS.- Un Gin-Tonic.

CAMARERA.-: Sí señor.

ANDRÉS.- Con media tónica.

CAMARERA.-: Muy bien, señor.

(Se va la camarera a la vez que aparece MARTA.)

ANDRÉS.- Hola, estás muy guapa.

(Pero MARTA ataca sin otras dilaciones...)

MARTA.- Venga, dime lo que tengas que decirme.

ANDRÉS.- A lo mejor lo encuentras ridículo.

MARTA.- Si no me lo dices, ¿cómo quieres que lo sepa?

ANDRÉS.- ¿No vas a sentarte? (**MARTA se sienta no de muy buena gana.**) Verás, hemos hecho un reparto más o menos equitativo de nuestros bienes.

MARTA.- Sigue.

ANDRÉS.- Te has quedado con la casa.

MARTA.- Y tú con el apartamento de El Escorial.

ANDRÉS.- Para vivir con José Carlos.

MARTA.- José Joaquín. Y no vivo con él. Viene a visitarme... únicamente.

ANDRÉS.- No, si a mí no me importa.

MARTA.- Hombre, sólo faltaría. Bueno, ¿y qué más?

ANDRÉS.- Pues sólo que...

MARTA.- ¿Qué?

(ANDRÉS dice su respuesta casi de corrido.)

ANDRÉS.- Que te has quedado otras cosas sobre las que creo que tengo algún derecho.

MARTA.- Ah, ¿sí?

ANDRÉS.- Sí. Y no me gusta que José Antonio...

MARTA.- José Joaquín.

ANDRÉS.- Eso: José Joaquín, las vea o las manosee.

MARTA.- ¿Qué quieres decir?

ANDRÉS.- Que, después de quince años de matrimonio, hay recuerdos que nos pertenecen a ti y a mí..., nada más. Y no está bien que te los quedes tú todos.

MARTA.- Si son cosas de valor...

ANDRÉS.- Son cosas de valor... sentimental. Puede que a ti no te importe, pero a mí sí. He hecho una lista.

(A MARTA la idea le parece un escándalo.)

MARTA.- ¿Cómo? ¿Que has hecho una lista?

ANDRÉS.- Sí.

(MARTA habla con una impaciencia algo molesta.)

MARTA.- Bueno, pues léemela.

ANDRÉS.- No, no. Yo te la doy y la lees tú. Con calma.

MARTA.- ¿Qué más da? Más vale que me digas lo que quieres que te devuelva y yo te lo devuelvo.

ANDRÉS.- Ah, no, de ninguna manera. Yo no quiero que me devuelvas nada, sino que nos lo repartamos. Habrá cosas que querrás tú y otras que querré yo. Simplemente.

(MARTA decide terminar la cuestión.)

MARTA.- No quiero volver a verte.

ANDRÉS.- Es el último favor que te pido.

MARTA.- Pero...

ANDRÉS.- ¿O es que José Luis...

MARTA.- José Joaquín.

ANDRÉS.- ...no te va dejar?

MARTA.- A mí nadie me prohíbe nada.

ANDRÉS.- Entonces...

(MARTA duda y al final contesta de mala gana.)

MARTA.- Está bien. Tú ganas. Dame la lista.

ANDRÉS.- Empieza con un disco de Raimon. **(MARTA se ha quedado atónita, lo que aprovecha ANDRÉS para decir.)** Perdona, ¿quieres beber algo? **(Como MARTA no contesta, ANDRÉS se excusa, a la vez que le entrega el disco de Raimon.)** Toma. Ya te llamaré. Discúlpame, tengo prisa.

(Suena una música. Al tiempo que se va ANDRÉS, vuelve la camarera con el gin-tonic que deposita sobre la mesa.)

CAMARERA.- El Gin-Tonic para el señor.

(Llega JOSÉ JOAQUÍN justo para escuchar la frase.)

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Qué señor? Yo no he pedido ningún Gin-Tonic.

CAMARERA.- **(Cómplice con MARTA.)** Disculpe, me habré equivocado.

(JOSÉ JOAQUÍN se sienta a la mesa mientras la

camarera se marcha.)

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Qué ha pasado?

MARTA.- Pues..., nada..., no sé. Quiere que nos repartamos unas cosas..., unos recuerdos. Ha hecho una lista. Dice que es muy importante para él.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Y tú te lo has creído?

MARTA.- Bueno, la lista existe.

JOSÉ JOAQUÍN.- Es una trampa. Lo único que quiere es verte.

MARTA.- ¿Por qué?

JOSÉ JOAQUÍN.- ¡Y yo qué sé! Seguirá enamorado de ti.

(JOSÉ JOAQUÍN está realmente molesto y ella intenta apaciguarle.)

MARTA.- No seas tonto. Llevamos cinco años separados.

JOSÉ JOAQUÍN.- Sí, pero él se oponía al divorcio.

MARTA.- Por llevarme la contraria, sólo por eso.

JOSÉ JOAQUÍN.- Le molesta que tengas una historia conmigo.

MARTA.- Es posible.

JOSÉ JOAQUÍN.- No lo digas en ese tono tan natural. También él tiene una amante y a ti no te importa. ¿O te importa?

MARTA.- No. Pero no es lo mismo.

JOSÉ JOAQUÍN.- No lo entiendo. Debería ser al revés. Lola es amiga tuya.

MARTA.- Era.

JOSÉ JOAQUÍN.- Bueno, era. Después de todo te quitó el marido.

MARTA.- Nadie quita nada. Cuando Lola empezó a

tontear con Andrés nosotros y a nos llevábamos fatal.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Le vas a devolver todo eso que pide?

MARTA.- No pide nada. Ni pretende que le devuelva nada. Simplemente quiere que nos repartamos unos recuerdos.

JOSÉ JOAQUÍN.- Tendrás que verle muchas veces.

MARTA.- No, no creo: algunas.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Te apetece?

MARTA.- ¡Qué absurdo eres! ¿Cómo va a apetecerme?

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Son cosas de valor?

MARTA.- No, en absoluto.

JOSÉ JOAQUÍN.- Regálaselas.

MARTA.- No quiero. Son mías también.

JOSÉ JOAQUÍN.- Bueno, bueno, como prefieras. Pero luego no te quejes.

MARTA.- ¿Qué quieres decir?

JOSÉ JOAQUÍN.- Nada.

(Vuelve a aparecer la camarera, tan solícita y tan impersonal como siempre.)

CAMARERA.- ¿Han pensado los señores lo que van a tomar?

JOSÉ JOAQUÍN.- Otro día, lo pensaremos otro día, ¿vale?

(Y agarrando del brazo a MARTA, se van los dos, mientras suena una música y la camarera recoge la mesa y las sillas. La música resulta ser la conocida sintonía de un no menos conocido concurso de televisión. Se modifica la escena y estamos en casa de D^a AMALIA, madre de LOLA, quien está viendo la tele mientras, al otro lado de la habitación, ANDRÉS y LOLA hablan de sus asuntos. Lola parece

nerviosísima.)

LOLA.- Ya sé que la has visto.

ANDRÉS.- ¿A quién?

LOLA.- ¿A quién va ser? A Marta.

ANDRÉS.- La vi el día que nos concedieron el divorcio.
Ya te lo dije.

LOLA.- ¿Y nunca más?

ANDRÉS.- Nunca más.

LOLA.- No te creo.

D^a AMALIA.- Hijos, ¿por qué no venís a ver la
televisión?

LOLA.- No, mamá, ahora no. Gracias.

D^a AMALIA.- Entonces bajad un poquito la voz porque
me distraigo.

**(LOLA y ANDRÉS siguen hablando; ahora en voz más
baja.)**

LOLA.- No hables tan alto, ¿quieres?

ANDRÉS.- No hablo alto. Es tu madre la que tiene el
televisor a todo volumen.

LOLA.- No puedo obligarla a que lo baje. Esta es su casa.

ANDRÉS.- Sí, y a sé que esta es su casa.

LOLA.- No lo digas en ese tono. Si hubieras encontrado un
piso ya estaríamos viviendo juntos.

ANDRÉS.- Hago lo que puedo. No es fácil encontrar lo
que tú quieres.

LOLA.- Bueno, y a sabes que a mí me gustan los áticos.

ANDRÉS.- Sí, pero no los hay. Con terraza, tres baños y
piscina no los hay. Y los que hay no puedo pagarlos.

(Instintivamente, ANDRÉS vuelve a subir la voz.)

D^a AMALIA.- Oye, ¿por qué no os vais a discutir a otro sitio?

LOLA.- No estamos discutiendo, mamá.

D^a AMALIA.- Pues lo parece. (Y sube, a propósito, el volumen del aparato.)

ANDRÉS.- Tiene muy mala intención. ¿Ves cómo tiene muy mala intención? Ahora ha subido el volumen.

LOLA.- ¿Y qué quieres que haga? No se lo puedo impedir. Está...

ANDRÉS.- ...en su casa, ya lo sé. No hace falta que me lo repitas.

LOLA.- Tenemos que salir de esta situación, Andrés. Hay que hacer algo.

ANDRÉS.- El mismo día que vi a Marta en el Juzgado estuve en una inmobiliaria.

LOLA.- A propósito...

D^a AMALIA.- Pero, bueno, ¿es que no os vais a callar?

LOLA.- Sí, mamá, perdona.

D^a AMALIA.- No comprendo como tenéis ganas de hablar con la televisión enchufada.

LOLA.- Es que le estaba diciendo a Andrés...

D^a AMALIA.- Lo que tengas que decir a Andrés se lo puedes decir luego. En cambio, si yo me pierdo el programa de televisión, y a me contarás. Aparte de que vosotros lo que tendríais que hacer es casaros, que me vais a matar a disgustos.

LOLA.- Mamá, Andrés estaba casado.

D^a AMALIA.- Ya sé que estaba casado, no soy tonta. Pero ya se ha divorciado. ¿O no te has divorciado, hijo?

ANDRÉS.- Sí, sí señora, me he divorciado. Sólo que hace escasamente una semana.

D^a AMALIA.- Bah, excusas. Cuando alguien quiere hacer una cosa, la hace, sin perder un minuto.

LOLA.- Mamá, por favor, deja ya ese tema.

ANDRÉS.- Mire, señora, yo haré...

LOLA.- ¿Pero es que vas a discutir con ella? (**La madre sube otro poquito el volumen de la tele.**) Te había preguntado si habías vuelto a ver a

MARTA. ¿La has vuelto a ver?

ANDRÉS.- No.

LOLA.- No me fío.

ANDRÉS.- ¿Por qué no te fías?

LOLA.- Estás tú muy contento últimamente.

ANDRÉS.- Si me pusiera contento ver a Marta, nunca me habría divorciado de ella.

LOLA.- No hagas frases, que me pongo nerviosa.

ANDRÉS.- Aparte de que, si la quisiera ver, la vería.

LOLA.- No me quieres. No me quieres nada.

(**Y se echa a llorar; ante lo cual, la madre se siente obligada a intervenir de nuevo.**)

D^a AMALIA.- ¿Qué le has hecho a mi hija?

ANDRÉS.- Nada, nada, absolutamente nada. Me ha preguntado si he vuelto a ver a Marta y le he dicho que no.

LOLA.- Sí, pero luego ha añadido que, si la quisiera ver, la vería.

D^a AMALIA.- ¿Eso te ha dicho?

LOLA.- Sí.

D^a AMALIA.- De manera que estarías dispuesto a engañar a Lola con Marta.

ANDRÉS.- Pero, ¿cómo iba a engañar a Lola con Marta si a quien engañé fue a Marta con Lola?

D^a AMALIA.- Bueno, ¿y qué? En estas cosas todo es empezar.

ANDRÉS.- Me voy. No quiero seguir discutiendo.

LOLA.- ¿Y me vas a dejar así?

D^a AMALIA.- ¿Y la vas a dejar así?

ANDRÉS.- Sí, maldita sea, sí. Porque, además, es verdad: he visto a Marta el otro día en un bar.

D^a AMALIA.- ¡En un bar! ¡Dios mío!

LOLA.- ¡Sinvergüenza!

ANDRÉS.- Somos amigos. ¿Por qué no íbamos a serlo? Y le he dado una lista de cosas que quiero que nos repartamos.

D^a AMALIA.- ¿Cosas? ¿Qué género de cosas?

ANDRÉS.- Recuerdos.

D^a AMALIA.- ¿Recuerdos... mutuos?

ANDRÉS.- Exacto.

LOLA.- ¿Ves cómo no me quieres nada?

ANDRÉS.- Sí te quiero. ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

LOLA.- Quieres más a Marta, siempre lo he sospechado.

ANDRÉS.- Por favor, Lola, no digas tonterías.

LOLA.- Ah, y encima me llamas tonta.

ANDRÉS.- ¡Qué barbaridad, qué escena tan disparatada! Adiós. Hasta mañana.

(**ANDRÉS se marcha furioso, lo cual aprovecha D^a AMALIA, la madre, para comentar...**)

D^a AMALIA.- Este chico va a terminar mal, ya lo verás.

(**Empieza a oírse el disco de Raimon que ANDRÉS le entregó a MARTA. Cambia el decorado: D^a AMALIA y LOLA se van y estamos ahora en casa de MARTA, en donde sigue sonando el disco de Raimon: "Al vent, la cara al vent...". MARTA lo escucha, mientras JOSÉ JOAQUÍN hojea distraídamente un periódico.**)

MARTA.- ¿No te gusta?

JOSÉ JOAQUÍN.- Un poquito antiguo, ¿no?

MARTA.- Bueno, pertenece a una época.

JOSÉ JOAQUÍN.- Ya. Por eso lo digo.

(MARTA "encaja" el tono de JOSÉ JOAQUÍN y después quita el disco.)

MARTA.- ¿Mejor así?

JOSÉ JOAQUÍN.- Te advierto que a mí no me molestaba.

MARTA.- Lo parecía.

(JOSÉ JOAQUÍN deja de hojear el periódico.)

JOSÉ JOAQUÍN.- Perdona. Estaba leyendo el periódico porque en casa no tengo tiempo.

MARTA.- Y aquí sí.

JOSÉ JOAQUÍN.- No te estoy haciendo una visita de cumplido... supongo.

MARTA.- No, supongo que no.

JOSÉ JOAQUÍN.- Si no puedo ponerme cómodo...

MARTA.- Como en tu casa.

JOSÉ JOAQUÍN.- En mi casa no estoy cómodo.

MARTA.- Claro, y por eso no lees el periódico.

JOSÉ JOAQUÍN.- A lo mejor.

MARTA.- Pues nada, nada, continúa.

JOSÉ JOAQUÍN.- No, gracias.

(Un silencio. JOSÉ JOAQUÍN saca un cigarrillo y lo

enciende.)

MARTA.- ¿Cómo sigue tu mujer?

JOSÉ JOAQUÍN.- Regular.

MARTA.- ¿No ha mejorado de su ciática?

JOSÉ JOAQUÍN.- No, no mucho.

MARTA.- ¿Fue al acupuntor que yo te dije?

JOSÉ JOAQUÍN.- Creo que sí.

MARTA.- Pues es muy bueno. A mí me quitó los dolores de cabeza.

JOSÉ JOAQUÍN.- Ya, ya lo sé.

(Otro silencio. Ninguno de los dos sabe qué decir.)

MARTA.- ¿Y el niño?

JOSÉ JOAQUÍN.- Bien. La criada bien, mi tía bien, y el portero automático fenomenal.

MARTA.- ¿Por qué te enfadas?

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿A qué viene ahora hablarme de mi mujer y de mi hijo?

MARTA.- Me preocupa tu familia. Es natural.

JOSÉ JOAQUÍN.- No es la tuya.

MARTA.- Como si lo fuera.

JOSÉ JOAQUÍN.- No es verdad. Siempre he tenido el buen gusto de separar las cosas.

MARTA.- Te diré.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Nos vamos a pelear?

MARTA.- No.

JOSÉ JOAQUÍN.- Está bien. **(Parece que la tormenta ha pasado o está a punto de pasar, cuando JOSÉ JOAQUÍN continúa.)** ¿Te vas a quedar con ese disco?

MARTA.- Sí.

JOSÉ JOAQUÍN.- Está un poco rayado.

MARTA.- No importa.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Y el jueguito...? ¿Lo vais a continuar?

MARTA.- ¿Qué jueguito?

JOSÉ JOAQUÍN.- Ese de devolveros cosas.

MARTA.- Ah, a lo mejor. Puede que sí.

JOSÉ JOAQUÍN.- Me parece una estupidez.

MARTA.- A mí no.

JOSÉ JOAQUÍN.- Y cuando os lo hayáis devuelto todo, ¿qué vais a hacer? ¿Os volveréis a casar?

MARTA.- No seas tonto, ¿quieres?

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿A ti te gustaría que yo hiciera lo mismo con mi mujer?

MARTA.- ¿Por qué no? Si tenéis algo que devolveros... Claro, que primero os tendríais que separar... y no parece.

(JOSÉ JOAQUÍN decide dar por terminada la conversación.)

JOSÉ JOAQUÍN.- Bueno, me voy.

MARTA.- ¿Tan pronto?

JOSÉ JOAQUÍN.- He de levantarme muy temprano: tengo una operación.

MARTA.- ¿Cuándo nos vemos?

JOSÉ JOAQUÍN.- Yo te llamo.

MARTA.- Como quieras.

(De repente, JOSÉ JOAQUÍN pregunta...)

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Y con Andrés cuándo has quedado?

MARTA.- Mañana.

(Se va JOSÉ JOAQUÍN. MARTA se queda sola y tira furiosamente el periódico al suelo. Justo en ese instante suena el timbre de la puerta. MARTA abre y aparece ANDRÉS.)

MARTA.- Ah, eres tú.

ANDRÉS.- Habíamos quedado.

MARTA.- Sí, claro, habíamos quedado.

(Una pausa.)

ANDRÉS.- Venga, dímelo ya.

MARTA.- ¿El qué?

ANDRÉS.- Lo que tengas que decirme.

(MARTA parece decidirse.)

MARTA.- Tengo la impresión de que a José Joaquín no le apetece que salga contigo.

(ANDRÉS encaja la frase y luego contraataca.)

ANDRÉS.- No me importa lo que le apetezca a José Joaquín sino lo que te apetezca a ti.

(Pero MARTA responde, refiriéndose a JOSÉ JOAQUÍN.)

MARTA.- Está muy irritable.

ANDRÉS.- ¿Por qué?

MARTA.- ¿Cómo quieres que lo sepa? Después de todo, yo sólo he puesto el disco.

ANDRÉS.- ¿Qué disco?

MARTA.- El nuestro... ese de Raimon.

ANDRÉS.- ¿Cómo? ¿Que le has puesto nuestro disco?

MARTA.- Sí.

ANDRÉS.- ¿Por qué?

MARTA.- Pensé que le gustaría.

ANDRÉS.- Pero, ¿cómo le va gustar?

MARTA.- ¿Por qué no? Es un disco que está muy bien.

ANDRÉS.- Ese disco forma parte de nuestros recuerdos..., nos pertenece.

MARTA.- No, perdona, me lo diste, me pertenece a mí.

ANDRÉS.- Sí, te pertenece a ti, pero conmigo. Y no me gusta un pelo que José Manuel...

MARTA.- ...José Joaquín.

ANDRÉS.- ...José Joaquín lo escuche.

MARTA.- Pues, hijo, vaya a un regalo. De modo que yo, ese disco, sólo lo puedo escuchar a solas.

ANDRÉS.- A solas o con quien quieras, pero...

MARTA.- ...no con José Joaquín.

ANDRÉS.- Exacto.

MARTA.- O sea, que a él le molesta escucharlo porque me recuerda a ti, y a ti te molesta que lo escuche porque me recuerda a él.

ANDRÉS.- No lo entiendo muy bien, pero debe de ser eso.

(MARTA **está irritada.**)

MARTA.- Bueno, creo que debes irte: ya es muy tarde.

ANDRÉS.- ¿Cuándo nos vemos?

MARTA.- Yo te llamo.

ANDRÉS.- ¿Y con José Joaquín cuándo has quedado?

MARTA.- Esta noche. **(Pero ANDRÉS parece remiso a marcharse.)** ¿No te vas?

ANDRÉS.- Es que yo había venido...

MARTA.- ¿A qué?

ANDRÉS.- A hablar del despertador automático: nos tocó en una tómbola.

MARTA.- Andrés, por favor, he de cambiarme. Salgo con José Joaquín esta noche. Ya te lo he dicho.

ANDRÉS.- Está bien, está bien, de acuerdo; pero el despertador...

MARTA.- Otro día.

(Se va ANDRÉS y desaparece MARTA. Suena una música que nos traslada a casa de JOSÉ JOAQUÍN, en donde éste se encuentra dedicado a la delicada tarea de diluir una medicina en un vaso de agua; mientras, su hijo Paquito -de unos siete años- intenta resolver un problema matemático y su mujer, AMPARO, realiza alguna labor doméstica. El personaje del niño lo interpreta la misma actriz que hizo de camarera; más por motivos ingeniosos que por razones presupuestarias, obviamente.)

PAQUITO.- Papá, ¿tú has comprado una lavadora?

JOSÉ JOAQUÍN.- No, últimamente no. Como no haya sido tu madre...

AMPARO.- Tenemos la misma de siempre, ¿por qué?

(El niño señala el libro de matemáticas que tiene abierto.)

PAQUITO.- Es que aquí hablan de papá.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿De mí?

PAQUITO.- Sí. Dice: "José Joaquín compró una lavadora por 40.000 pesetas. Por pagarla al contado le hicieron un 15% de descuento. ¿Cuánto le descontaron? ¿Cuánto pagó por la lavadora?"

JOSÉ JOAQUÍN.- Bueno, pero ese José Joaquín no soy yo.

PAQUITO.- ¿No?

JOSÉ JOAQUÍN.- No: es un ejemplo.

PAQUITO.- Claro. José Joaquín no existe.

JOSÉ JOAQUÍN.- No, no existe.

PAQUITO.- Y si no existe, ¿por qué compra una lavadora?

JOSÉ JOAQUÍN.- Es que no la compra.

PAQUITO.- Aquí lo pone.

JOSÉ JOAQUÍN.- Sí, pero es una hipótesis.

PAQUITO.- ¿Una qué?

JOSÉ JOAQUÍN.- Una hipótesis. Se supone que si existiera José Joaquín, compraría una lavadora.

PAQUITO.- Por 40.000 pesetas.

JOSÉ JOAQUÍN.- Sí.

PAQUITO.- ¿Por qué?

AMPARO.- Por nada. Ya te lo ha dicho tu padre: es un ejemplo.

PAQUITO.- ¿Y por qué ponen un ejemplo de algo que no existe?

JOSÉ JOAQUÍN.- Sí existe: existe como ejemplo.

PAQUITO.- No lo entiendo.

JOSÉ JOAQUÍN.- No hay nada que entender. Tú lo que tienes que hacer es resolver el problema y punto.

AMPARO.- No le hables al niño en ese tono. Sólo está preguntando.

JOSÉ JOAQUÍN.- Tonterías, pregunta tonterías.

AMPARO.- No veo por qué. Tiene razón. Es muy extraño que ese señor se llame José Joaquín.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Qué señor?

PAQUITO.- El de la lavadora.

(Como JOSÉ JOAQUÍN no sabe qué contestar, dice.)

JOSÉ JOAQUÍN.- A dormir; tú te vas a dormir.

(Y PAQUITO se va a dormir, mascullando horribles palabrotas. Después suena el timbre del teléfono. Como AMPARO está cerca de él, lo descuelga.)

AMPARO.- Diga. (Escucha lo que contestan y nosotros no oímos.) Un momento. (Y le alcanza a JOSÉ JOAQUÍN.) Tu secretaria.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Tan tarde?

AMPARO.- Alguna urgencia.

JOSÉ JOAQUÍN.- Sí, seguramente.

AMPARO.- ¿Te pones?

JOSÉ JOAQUÍN.- Sí, claro. A ver. (JOSÉ JOAQUÍN coge el teléfono de mala gana. En cuanto descubre que es MARTA quien está llamando, disimula como puede: es decir, fatal.) Sí... Ah, ya... No, no puedo ir ahora... Bueno, pero no creo que sea grave... No puedo ir, de veras que no puedo... Que lo atienda Paco: está de guardia. Seguro, seguro que no es nada. Adiós. Hasta mañana. (JOSÉ JOAQUÍN cuelga el teléfono con cierto alivio a la vez que dice con una sonrisa algo forzada.) Nada grave. A uno de mis operados de esta mañana le ha subido la temperatura. (Pero AMPARO comenta implacable.)

AMPARO.- Oye, ¿por qué no le dices a Marta que no llame a estas horas?

(Una música y una luz nos trasladan a un cine en

donde un acomodador -el mismo actor que hizo de funcionario al principio- coloca a LOLA y a ANDRÉS. La película ya ha empezado y se escucha el diálogo de la banda sonora.)

MUJER.- Júrame que no me engañas.

HOMBRE.- Te lo juro.

MUJER.- Júramelo otra vez.

HOMBRE.- Hortensia, por favor, no seas pesada.

MUJER.- No me llames pesada, ¿quieres? Sé que tienes un lío con Matilde.

HOMBRE.- No es verdad.

MUJER.- Te tiembla la voz.

HOMBRE.- Salgo de una gripe, compréndelo.

MUJER.- ¡No me tomes el pelo! ¡No me tomes el pelo!

HOMBRE.- Hortensia, ten cuidado con ese cuchillo, te puedes hacer daño.

MUJER.- ¿Yo daño? Te vas a enterar.

(Suenan unos gritos espantosos y una música electrizante.)

LOLA.- A mí estas películas de hablar tanto no me gustan.

ANDRÉS.- Mujer, es una película psicológica.

LOLA.- A mí lo que me gustan son las historias de amor.

ANDRÉS.- Bueno, lo que estamos viendo es una historia de amor.

LOLA.- Sí, pero muy sosa.

ANDRÉS.- ¿Sosa? ¡Pero si la mujer acaba de cometer un asesinato...!

LOLA.- ¿Qué asesinato?

ANDRÉS.- El de su marido.

LOLA.- No, si eso no fue un asesinato: fue un accidente.

ANDRÉS.- Pero, ¿cómo va a ser un accidente si le clavó un cuchillo?

LOLA.- No, no, se lo clavó él mismo sin darse cuenta.

ANDRÉS.- Lola, por favor, ¿no viste cuando ella le dio puñaladas por la espalda?

LOLA.- Ah, bueno, yo es que en ese momento cerré los ojos.

(Sigue la proyección de la película; ahora se escucha este diálogo.)

JUEZ.- ¿De modo que usted creía que su marido la engañaba?

MUJER.- ¿Cómo que si creía? En una ocasión, al llevarle un traje a la tintorería, descubrí que guardaba en el bolsillo derecho de la chaqueta unas braguitas rosas. ¿Usted no habría sospechado, señor Juez?

(Hay unas risas generales sobre las que habla LOLA.)

LOLA.- A propósito: ¿Sigues viendo a Marta?

ANDRÉS.- Una o dos veces... muy poco.

LOLA.- ¿Os quedan muchas cosas por repartiros?

ANDRÉS.- Algunas.

LOLA.- O sea, que va para largo.

ANDRÉS.- ¿Te molesta?

LOLA.- Pues no me hace feliz precisamente. No tiene gracia el jueguito. No tiene ninguna gracia.

ANDRÉS.- Qué raro.

LOLA.- ¿El qué?

ANDRÉS.- José Joaquín también ha dicho que es un jueguito.

LOLA.- ¿José Joaquín es ese señor que se acuesta con tu mujer?

ANDRÉS.- Se acostaba.

LOLA.- Ah, ¿ya no se acuesta?

ANDRÉS.- Supongo que sí, pero como Marta ya no es mi mujer..., se acostaba.

LOLA.- Muy bien traído. De todas formas, sigue sin tener gracia.

(Continúa el diálogo de la película.)

JUEZ.- De todas formas, pegarle a su marido veintiocho puñaladas por unas braguitas rosas, me parece un exceso.

MUJER.- El problema no son las braguitas, señor Juez, sino quién las llevaba puestas y quién se las quitó.

(Vuelven a escucharse risas en la supuesta sala y ahora habla ANDRÉS.)

ANDRÉS.- Oye, Lola...

LOLA.- ¿Qué?

ANDRÉS.- Que hace días que no...

LOLA.- Sí, siempre estoy de servicio. ¡Qué lata! El próximo fin de semana nos vamos a tu apartamento de El Escorial, ¿te parece?

ANDRÉS.- No te olvides.

LOLA.- Descuida, ya sabes que me encanta dormir contigo.

(Se oye el martillo del Juez, que grita...)

JUEZ.- ¡Listo para sentencia!

(Suena una música estrepitosa sobre la que LOLA exclama sin poderse contener...)

LOLA.- ¡Ay!, ¡qué susto!, ¿no?

(La música estrepitosa de antes nos conduce de nuevo a casa de MARTA en donde ésta y JOSÉ JOAQUÍN están hablando mientras toman un café, por ejemplo.)

MARTA.- Hace tiempo que no vamos al cine.

JOSÉ JOAQUÍN.- Para lo que hay que ver... Lo mismo que en televisión, sólo que un poquito más grande.

MARTA.- No digas eso: no es verdad. Aparte de que cuando se va al cine se "sale".

JOSÉ JOAQUÍN.- Ah, bueno, si de lo que se trata es de salir...

MARTA.- No exactamente. Se trata de no encerrarse en casa, de respirar..., ¿qué sé yo?

JOSÉ JOAQUÍN.- Terminó muy tarde mi trabajo... Hoy he tenido cuatro operaciones... Graves.

MARTA.- Claro; estás cansado.

JOSÉ JOAQUÍN.- Sí; estoy cansado.

(Hay una pausa en la que los dos beben el café. Luego MARTA dice, dejando la taza en algún sitio...)

MARTA.- Cada vez nos parecemos más a un matrimonio, ¿no crees?

JOSÉ JOAQUÍN.- (Evasivo.) No sé.

MARTA.- Sólo que no lo somos, ¡qué curioso!

JOSÉ JOAQUÍN.- Mira Marta... **(Suena el timbre de la puerta.)** ¿Esperas a alguien?

MARTA.- No.

(Vuelve a sonar el timbre. MARTA abre y aparece ANDRÉS.)

ANDRÉS.- Ah, perdón.

MARTA.- No, no, pasa.

ANDRÉS.- ¿No habíamos quedado esta noche?

MARTA.- Que yo recuerde, no; pero, en fin, pasa.
(**ANDRÉS entra en el piso. Se produce, inevitablemente, una situación incómoda que MARTA trata de suavizar.**)
Bueno, pues éste es José Joaquín y éste es Andrés.

ANDRÉS.- Lo siento, de veras que lo siento. No sé cómo he podido equivocarme de noche..., bueno..., de día.

JOSÉ JOAQUÍN.- No tiene importancia.

MARTA.- ¿Quieres sentarte? ¿Un café?

ANDRÉS.- No, muchas gracias. En realidad sólo venía a lo del despertador.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿El despertador?

ANDRÉS.- Uno que nos tocó en una tómbola. Hace años. Le tengo cariño.

MARTA.- (A JOSÉ JOAQUÍN.) No tiene ningún valor, ¿sabes?

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Es el que tienes en tu mesilla de noche?

MARTA.- (Un poco confesando.) Sí.

(Vuelve a producirse otro silencio.)

ANDRÉS.- Muy bien, pues me voy. Y lo siento, de veras que lo siento.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Por qué? Es natural.

ANDRÉS.- Sí, claro, como nos estamos devolviendo cosas...

JOSÉ JOAQUÍN.- Eso.

(ANDRÉS se dirige hacia la puerta, cuando de pronto se da cuenta de que...)

ANDRÉS.- Ah, se me olvidaba. Te he traído el libro.

(Y se lo da a MARTA.)

MARTA.- Gracias.

ANDRÉS.- Ya hablaremos.

MARTA.- Sí. (ANDRÉS se va y MARTA le dice a JOSÉ JOAQUÍN después de una pausa...) Lo siento.

JOSÉ JOAQUÍN.- Creo que yo también tengo que irme.

MARTA.- Te he dicho que lo siento.

JOSÉ JOAQUÍN.- La situación no ha sido muy agradable.

MARTA.- Yo no tengo la culpa.

JOSÉ JOAQUÍN.- Pero venir aquí cuando estoy yo...

MARTA.- Se ha equivocado de noche; bueno, de día. Ya te lo ha dicho.

JOSÉ JOAQUÍN.- Sí, ya me lo ha dicho. (Otra pausa.) Me voy. (Pero al dirigirse hacia la puerta aún pregunta...) ¿Qué libro es ese?

MARTA.- "Cien años de soledad" de García Márquez.

JOSÉ JOAQUÍN.- Toda una época.

MARTA.- Sí, toda una época.

JOSÉ JOAQUÍN.- Qué poquita imaginación, ¿no te parece?

MARTA.- Sí, realmente...

JOSÉ JOAQUÍN.- Adiós.

MARTA.- Adiós.

(Ambos desaparecen mientras suena una música que

nos lleva al apartamento de ANDRÉS en El Escorial. LOLA y ANDRÉS están desayunando. Deben de ser las nueve o las diez de la mañana.)

LOLA.- ¿Qué te pasa?

ANDRÉS.- Nada. ¿Por qué?

LOLA.- ¿Estás preocupado?

ANDRÉS.- No, no, en absoluto.

LOLA.- Te he traído un regalo de Nueva York y no le has hecho ni caso.

ANDRÉS.- Mujer, es que tengo ya siete calculadoras.

LOLA.- Sí, pero ésta cuando sacas una raíz cuadrada suena una música.

ANDRÉS.- ¿Y para qué quiero yo sacar una raíz cuadrada con música?

LOLA.- Siempre alegre, ¿no?

ANDRÉS.- Pásame la leche. (LOLA le pasa a ANDRÉS la jarrita de la leche, quien se sirve un poco y la bebe.) Oye, esta leche está agria.

(LOLA la prueba.)

LOLA.- Sí, un poco.

ANDRÉS.- ¿No la dejaste en la nevera?

LOLA.- Sí, pero algo le pasa a la nevera; debe de estar estropeada.

ANDRÉS.- Claro, claro que está estropeada, todo está estropeado. Siempre que venimos a este apartamento hay algo que no funciona. Cuando no cortan el gas, cortan el agua, y cuando no la luz o el teléfono. O no tira la chimenea. O se encallan las contraventanas. O se sale el lavaplatos. Todo para que no vengamos, para que nos quedemos en Madrid.

LOLA.- Pero, ¿por qué va a querer la Compañía del Gas que nos quedemos en Madrid?

ANDRÉS.- ¡Y yo qué sé! Para que no me acueste contigo, supongo. ¡Nadie quiere que me acueste contigo! Incluida tu madre.

LOLA.- Bueno, lo de mi madre es natural.

ANDRÉS.- No veo por qué.

LOLA.- Porque quiere que nos casemos.

ANDRÉS.- Yo no pienso casarme.

LOLA.- Ni yo tampoco.

ANDRÉS.- Sí, eso decís todas.

LOLA.- Tengo la impresión de que me confundes con Marta.

ANDRÉS.- Oye, vamos a dejar a Marta en paz, ¿te parece?

LOLA.- Muy bien.

ANDRÉS.- Nunca debí comprar este apartamento. No hago más que pagar gastos de comunidad para nada. El vecino de la derecha pone la televisión a todo trapo, el de la izquierda le grita a su mujer desde que se levanta, el jardín está lleno de caniches y en la piscina los niños del subdirector del Banco de Santander se hacen pis en el agua.

LOLA.- No exageres.

ANDRÉS.- Es verdad, exagero. No hacen pis: se mean.

LOLA.- Andrés, por favor.

ANDRÉS.- Está bien, perdona, pero es que estoy furioso.

LOLA.- Véndelo.

ANDRÉS.- ¿A quién? Una vez fui a una agencia, les conté el caso, y me lo quisieron cambiar por una barca en Santa Pola. ¡Ya me contarás qué iba a hacer yo con una barca en Santa Pola!

LOLA.- Pues antes bien que te gustaba El Escorial.

ANDRÉS.- ¿Antes? ¿Cuándo?

LOLA.- Cuando compraste el apartamento. ¿O te gustaba porque lo compraste con Marta?

ANDRÉS.- Escucha, a mí El Escorial me gusta; lo que no me gusta es el apartamento. Son cosas distintas.

LOLA.- Al principio no decías eso.

ANDRÉS.- ¿Al principio de qué?

LOLA.- De lo nuestro. Al principio de lo nuestro. Siempre decías que lo encontrabas monísimo.

ANDRÉS.- ¿Ah, sí?

LOLA.- Sí. Y muy confortable. Claro que sería para convencerme.

ANDRÉS.- No recuerdo que tuviera que convencerte de nada.

LOLA.- ¿Cómo que no? Tenías que convencerme de que me acostara contigo. Entonces sí que le echabas emoción.

ANDRÉS.- ¿Sí?

LOLA.- Sí; no como ahora, que parece que te hay an puesto un cohete.

ANDRÉS.- Lo siento.

LOLA.- A lo mejor es que ya no te gusto.

ANDRÉS.- Sí me gustas.

LOLA.- Te has cansado de mí.

ANDRÉS.- No, no me he cansado de ti.

LOLA.- Te has enamorado de otra.

ANDRÉS.- No, no me he enamorado de otra.

LOLA.- De Marta.

ANDRÉS.- No digas tonterías.

LOLA.- Júrame que si te enamoras de Marta me lo dirás.

ANDRÉS.- Te lo diré.

LOLA.- Júramelo.

ANDRÉS.- Te lo juro.

LOLA.- ¿Me quieres?

ANDRÉS.- Te quiero.

LOLA.- Pues dame un beso.

ANDRÉS. - Claro. (Se besan y luego ANDRÉS dice...)
¿Nos vamos?

LOLA. - Sí, es tardísimo. A las siete salgo para Las Palmas.

(Se van mientras suena una música que nos lleva a casa de MARTA, en donde JOSÉ JOAQUÍN está comentando.)

JOSÉ JOAQUÍN. - Es bastante simpático.

MARTA. - ¿Te lo pareció?

JOSÉ JOAQUÍN. - Sí, estuvo muy normal.

MARTA. - ¿Por qué no iba a estarlo? Es una persona civilizada. Como yo. Y como tú.

JOSÉ JOAQUÍN. - Sí, claro, pero la situación no era fácil.

MARTA. - Pero, ¿por qué? Creo que le das demasiada importancia. Nunca te he ocultado que veo a Andrés.

JOSÉ JOAQUÍN. - Ya, ya, pero como no le esperábamos...

MARTA. - No, no le "esperábamos", eso es cierto.

JOSÉ JOAQUÍN. - En cierto modo, os fastidié.

MARTA. - Por favor Joaquín, no había nada que fastidiar.

(Hay una pausa un poco difícil y luego JOSÉ JOAQUÍN continúa.)

JOSÉ JOAQUÍN. - Me lo imaginaba de otro modo.

MARTA. - Creo que te había enseñado algunas fotos.

JOSÉ JOAQUÍN. - No, no me refiero al físico. No sé... Siempre pensé que sería una persona muy distinta a ti.

MARTA. - Y lo es. No tenemos nada que ver el uno con el otro.

JOSÉ JOAQUÍN. - No dabais esa impresión.

MARTA.- ¿No?

JOSÉ JOAQUÍN.- No. Al contrario. Sí..., precisamente. Al contrario.

MARTA.- Puede ser, pero te equivocas. Siempre fuimos muy diferentes.

(JOSÉ JOAQUÍN sigue indagando.)

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Le vas a volver a ver?

MARTA.- Sí..., seguramente.

JOSÉ JOAQUÍN.- Perdona; estos días me comporto como un estúpido. Es natural que le veas, sí, muy natural. ¿Por qué no vas a volver a verle? Te prometo no enfadarme. En serio.

MARTA.- Gracias.

JOSÉ JOAQUÍN.- Lo importante es que tú y yo estemos bien.

MARTA.- Eso pienso yo.

JOSÉ JOAQUÍN.- Te quiero.

MARTA.- Yo también. (Se besan. Después MARTA comenta como de pasada...) Oye, supongo que mi llamada de la otra noche a tu casa no te creó ningún problema.

JOSÉ JOAQUÍN.- No, no, ninguno.

MARTA.- ¿Tu mujer no sospecha nada?

JOSÉ JOAQUÍN.- No, no, nada.

MARTA.- Mejor. ¿Me das otro beso?

JOSÉ JOAQUÍN.- Claro.

(Y vuelven a besarse, cuando suena otra música. Todas las músicas que se utilicen deben ser anticuadas; es decir, que nos retrotraigan a otras etapas de nuestras vidas. La que suena ahora nos instala de nuevo en casa de JOSÉ JOAQUÍN y en la que AMPARO está terminando de desmaquillarse o algo así, mientras JOSÉ JOAQUÍN -como de costumbre- lee el periódico.

La escena empieza con un largo silencio que por fin rompe JOSÉ JOAQUÍN dejando de leer.)

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Cuándo te enteraste?

AMPARO.- Hace ya tiempo.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Por qué no me lo dijiste?

AMPARO.- ¿Tú crees que eso hubiera cambiado la situación?

JOSÉ JOAQUÍN.- Las cosas hay que decirlas.

AMPARO.- ¿Por qué no me dijiste tú que tenías una amante?

JOSÉ JOAQUÍN.- No es lo mismo. Yo no quería hacerte daño.

AMPARO.- Yo tampoco.

JOSÉ JOAQUÍN.- Cuánta generosidad.

AMPARO.- No es generosidad: sólo sentido práctico. Nunca pensé que se tratara de algo importante.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Y tu amor propio?

AMPARO.- Tú estabas por encima de mi amor propio. (Otro silencio. La escena está llena de ellos.) ¿Lo es?

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿El qué?

AMPARO.- Importante.

JOSÉ JOAQUÍN.- Sí.

AMPARO.- ¿Qué piensas hacer?

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Y tú?

AMPARO.- ¿Yo? Nada.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿No te importa?

AMPARO.- Me importa, claro que me importa, pero no estoy dispuesta a convertir esto en un melodrama. Quiero a mi hijo, te quiero a ti, me gusta esta casa que hemos construido poco a poco entre los dos. Esperaré a que se te pase.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Y si no se me pasa?

AMPARO.- Se te pasará.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Y si no?

AMPARO.- Este es mi sitio. No pienso moverme. Si quieres irte tú, vete.

(La pausa es de nuevo muy densa.)

JOSÉ JOAQUÍN.- No es un capricho, ¿sabes? La quiero.

AMPARO.- Entonces, ¿qué haces aquí? (**JOSÉ JOAQUÍN nosabe qué contestar. AMPARO acepta su silencio como una pequeña victoria.**) ¿Sabe ella que me he enterado?

JOSÉ JOAQUÍN.- No.

AMPARO.- ¿No se lo has dicho?

JOSÉ JOAQUÍN.- No.

AMPARO.- Mejor.

(Otra música. Esta vez para ir al despacho de MARTA que es -por si aún no se ha dicho- una psicóloga bastante conocida, con una buena clientela. Está sentada o de pie, pero en actitud pensativa. Aparece CHARO, su compañera de trabajo.)

CHARO.- ¿Has terminado el informe?

MARTA.- ¿Qué? Ah, sí. En eso estoy.

CHARO.- Quedamos en entregarlo el día treinta.

MARTA.- Ya, ya lo sé.

(MARTA sigue distraída y CHARO, evidentemente, lo nota.)

CHARO.- ¿Quieres que te ayude?

MARTA.- No, no hace falta.

CHARO.- ¿Algún problema? (MARTA **no contesta.**)
¿José Joaquín?

MARTA.- No lo entiendo. Antes le molestaba que viera a Andrés. Y ahora, de pronto, parece como si le gustara. Qué raros son los hombres, ¿no?

CHARO.- Bueno, ya sabes que yo siempre he tenido vocación de viuda.

MARTA.- Pues te has casado dos veces.

CHARO.- Ya. Pero la vocación sigue intacta. (Como MARTA, **preocupada, no responde, CHARO sigue la conversación.**) Venga, cuéntame.

MARTA.- En realidad, ya te lo he dicho: a José Joaquín, de repente, no le molesta que siga viendo a Andrés.

CHARO.- Perfecto: tú sigues viendo a Andrés y José Joaquín está encantado. ¿Qué más quieres?

MARTA.- ¿A ti no te parece extraño que a un hombre no le moleste que su mujer vea a otro hombre?

CHARO.- Se dan casos: los hay muy morbosos.

MARTA.- Te estoy hablando en serio.

CHARO.- ¿Vosotros cómo os lleváis?

MARTA.- Bien. La situación es un poco especial, claro, porque él sigue viviendo con su familia, pero en fin...

CHARO.- ¿Tú preferirías vivir juntos?

MARTA.- Ya te lo he comentado algunas veces. En parte, sí..., y en parte, no.

CHARO.- Si se separara de su mujer te llevarías un susto.

MARTA.- Es posible.

CHARO.- ¿Y ella lo sabe?

MARTA.- ¿Nuestro lío?

CHARO.- Sí. ¿Lo sabe?

MARTA.- No.

CHARO.- ¿No?

MARTA.- Bueno, eso es lo que me ha dicho José Joaquín.

CHARO.- ¿No te habrá mentido?

MARTA.- ¿Para qué?

CHARO.- Si ella estuviera enterada, él tendría algunas complicaciones.

MARTA.- ¿Y qué?

CHARO.- No, nada, se me había ocurrido una idea estúpida.

MARTA.- ¿Cuál?

CHARO.- Bueno..., si tú le dejaras..., sus complicaciones acabarían.

MARTA.- Eso es una bobada.

CHARO.- Sí, siempre digo bobadas.

MARTA.- José Joaquín está enamorado de mí.

CHARO.- No lo dudo. (MARTA **parece seriamente preocupada.**) ¿Qué vas a hacer?

MARTA.- ¿De qué?

CHARO.- ¿Volverás a ver a Andrés?

MARTA.- ¿Tú qué harías?

CHARO.- Esa es una decisión en la que las viudas no opinamos.

MARTA.- Gracias de todos modos.

CHARO.- De nada. Y termina ese informe, ¿quieres? No dejes que tus problemas sentimentales se coloquen delante de tu trabajo. Esa es una trampa en la que los hombres no caen nunca.

(Las dos mujeres sonríen y se van, mientras ya se oyen las voces machaconas y tópicas de un habitual concurso de televisión. Estamos en casa de LOLA. La madre -DOÑA AMALIA- está mirando, como siempre, la televisión. Entra LOLA a medio arreglar. Viene, se supone, de su alcoba. Trae un vestido en la mano.)

LOLA.- Oye, mamá, este vestido está sin planchar.

D^a AMALIA.- Plánchalo.

LOLA.- No me va a dar tiempo: estoy esperando a Andrés.

D^a AMALIA.- Entonces ponte otro.

LOLA.- Es que el que me quiero poner es éste.

D^a AMALIA.- Pues no te va a quedar más remedio que plancharlo.

LOLA.- ¿Por qué no le dijiste a la chica que lo planchara?

D^a AMALIA.- Pero, bueno, ¿es que tú te crees que la chica no tiene otra cosa que hacer que planchar tus vestidos?

LOLA.- Para eso la pagamos, ¿no?

D^a AMALIA.- Antes tiene que barrer, fregar, limpiar los cristales, regar las plantas y acercarse a Correos.

LOLA.- ¿Todos los días?

D^a AMALIA.- Todos.

LOLA.- ¿Para qué?

D^a AMALIA.- Para echar mis cartas.

LOLA.- ¿Tienes novio?

D^a AMALIA.- No, no tengo novio, no estoy en edad. Participo en concursos.

LOLA.- ¿Ah, sí?

D^a AMALIA.- Sí, no me pierdo uno. Y no me distraigas más que no me dejas ver la tele.

(D^a AMALIA vuelve a fijarse en el televisor. LOLA permanece un momento sin saber qué hacer y luego se marcha. D^a AMALIA se queda sola. Al cabo de un tiempo, LOLA regresa.)

LOLA.- No encuentro la plancha.

D^a AMALIA.- Está donde siempre.

LOLA.- ¿Y dónde es donde siempre?

D^a AMALIA.- En el armarito.

LOLA.- ¿En qué armarito?

D^a AMALIA.- En el de la plancha.

(LOLA desaparece. D^a AMALIA está muy interesada porque por la tele está saliendo, seguramente, un concurso famosísimo. LOLA aparece de nuevo.)

LOLA.- En el armarito de la plancha no está la plancha.

D^a AMALIA.- ¿Cómo dices?

LOLA.- Que en el armarito de la plancha no está la plancha.

D^a AMALIA.- ¿Has mirado en el otro?

LOLA.- ¿En cuál?

D^a AMALIA.- En el que normalmente no está la plancha.

LOLA.- No.

D^a AMALIA.- Pues mira a ver: seguro que está allí.

(LOLA se va. Después de una pausa vuelve con la plancha en la mano.)

LOLA.- Lo que no entiendo es por qué, si hay un armarito para la plancha, tienes que poner la plancha en el de al lado.

D^a AMALIA.- Por si acaso.

LOLA.- Por si acaso, ¿qué?

D^a AMALIA.- Por si acaso se me olvida ponerla en el de siempre. **(Aunque la lógica de D^a AMALIA es un poco extraña, LOLA no parece sorprenderse demasiado. En cualquier caso decide marcharse mientras D^a AMALIA comenta la última incidencia del concurso.)** Han picado: creían que les iba a tocar un crucero por el Caribe y les ha tocado un pase para el zoo.

(Entonces suena el timbre de la puerta, D^a AMALIA va a abrir y aparece ANDRÉS.)

ANDRÉS.- Buenas noches.

D^a AMALIA.- Buenas noches.

ANDRÉS.- ¿Está Lola?

D^a AMALIA.- ¿Tú habías quedado con ella?

ANDRÉS.- Sí.

D^a AMALIA.- Pues entonces.

(Es evidente que D^a AMALIA y ANDRÉS se llevan fatal.)

ANDRÉS.- ¿Puedo pasar?

D^a AMALIA.- Claro, claro, adelante. (**ANDRÉS "entra" en el piso.**) Siéntate.

ANDRÉS.- Gracias.

(Se sientan los dos. No saben qué decirse.)

D^a AMALIA.- ¿Quieres tomar algo? ¿Un whisky, un jerez, una ginebrita?

ANDRÉS.- No, gracias.

D^a AMALIA.- ¿Un yoghurt?

ANDRÉS.- No, tampoco. (**Otra pausa.**) ¿No está usted viendo la televisión?

D^a AMALIA.- No, ahora no.

ANDRÉS.- Ah, y a ha terminado.

D^a AMALIA.- No ha terminado, pero no la estoy viendo.

ANDRÉS.- Yo creí que usted siempre veía la televisión.

D^a AMALIA.- Pues no. Por ejemplo, cuando está apagada, no la veo.

ANDRÉS.- Claro. (**Más pausa.**) ¿Y Lola? ¿Se está

vistiendo?

D^a AMALIA.- Si puede...

ANDRÉS.- ¿Por qué no va a poder?

D^a AMALIA.- Como se ha planchado el vestido..., para mí que lo ha quemado.

ANDRÉS.- ¿Ah, sí?

D^a AMALIA.- Plancha muy mal. (**Otro silencio.**) A ti esto no te importará, supongo.

ANDRÉS.- No, no, en absoluto.

D^a AMALIA.- Porque tú, claro, la quieres por otras razones.

ANDRÉS.- Desde luego.

D^a AMALIA.- Siete años saliendo con una persona, se le acaba tomando afecto.

ANDRÉS.- Mire usted, Doña Amalia, yo a Lola le tengo más que afecto.

D^a AMALIA.- (**Intemperante.**) Entonces, ¿por qué no te casas con ella?

(**Llega LOLA llevando el vestido que se ha planchado.**)

LOLA.- Ya estoy. ¿He tardado mucho?

ANDRÉS.- No. Acabo de llegar.

D^a AMALIA.- Estábamos hablando.

LOLA.- De televisión, seguro.

D^a AMALIA.- No, no. Comentábamos lo poquito que se casa la gente últimamente.

LOLA.- Sí, y a no se estila.

D^a AMALIA.- Es una lástima. Si la gente saliera menos y se casara más, todo iría mejor en este país.

LOLA.- Ay, mamá, no seas pesada. (**A ANDRÉS.**) ¿Qué? ¿Nos vamos?

ANDRÉS.- Sí, anda, vámonos.

(Pero D^a AMALIA insiste.)

D^a AMALIA.- Pero, ¿por qué no os queréis casar? Digo yo.

LOLA.- Mamá, por favor, ¿te quieres meter en tus cosas?

D^a AMALIA.- Primero, contéstame.

LOLA.- No nos queremos casar porque no creemos en el matrimonio.

D^a AMALIA.- Razón de más. Si no creéis en el matrimonio, ¿qué más os da casaros?

ANDRÉS.- Pero, ¿por qué trata usted a su hija como si fuera una niña?

D^a AMALIA.- Tú cállate, que eres la persona menos indicada para hablar.

ANDRÉS.- ¿Por qué?

D^a AMALIA.- Porque eres un adúltero y los adúlteros lo menos que pueden hacer es callarse.

LOLA.- Oye, no te consiento...

D^a AMALIA.- Y tú también. Tú también eres una adúltera.

ANDRÉS.- ¿Cómo va a ser adúltera si no está casada?

D^a AMALIA.- Las mujeres que salen con adúlteros, son adúlteras.

LOLA.- ¿Por qué?

D^a AMALIA.- Porque todo se pega. Y no me provoques.

ANDRÉS.- Además, ya no soy adúltero: estoy divorciado.

D^a AMALIA.- Para mí, como si no lo estuvieras. Mientras no te cases con Lola, para mí..., adúltero.

LOLA.- Pero, ¿por qué tanto empeño en que me case si tu matrimonio salió fatal?

D^a AMALIA.- Haz el favor de no ofender la memoria de tu padre.

LOLA.- Papá y tú regañabais todos los días.

Dª AMALIA.- ¿Y qué? Si te vas a fijar en eso.

LOLA.- Y una vez estuviste a punto de tirarte por el balcón.

Dª AMALIA.- Pero no me tiré. ¿Y sabes por qué? Porque tenía que hacer la cena. Eso me salvó. Para que luego hables mal del matrimonio.

LOLA.- Siempre quise ser azafata para no aguantaros.

Dª AMALIA.- No es verdad. Te hiciste azafata porque querías conocer Bangkok, que ya me contarás lo que se te había perdido a ti en Bangkok.

LOLA.- Bueno, ya está bien, te advierto...

ANDRÉS.- Venga, venga, no discutas, vámonos.

Dª AMALIA.- Sí, sí, marchaos, marchaos, que me va a dar algo.

LOLA.- Adiós.

Dª AMALIA.- Adiós. (LOLA y ANDRÉS se van mientras Dª AMALIA todavía dice...) ¡Y que no vuelvas tarde!

(El sonido de un cursilísimo hilo musical nos lleva a unos almacenes en los que MARTA y CHARO están delante de un mostrador que atiende una dependienta quien, poco a poco, se va interesando en la conversación. Naturalmente, dicha dependienta la interpreta nuestra utilísima actriz de siempre.)

MARTA.- No quiere ponerse, estoy segura.

CHARO.- ¿Tú crees?

MARTA.- Le he llamado varias veces a su hotel y nada.

CHARO.- ¿Le has dejado algún recado?

MARTA.- Sí, que me llamara..., pero no lo ha hecho.

CHARO.- ¿Tú sospechas algo?

MARTA.- A lo mejor se ha cansado.

CHARO.- ¿Cómo va a cansarse Andrés de algo que ha

empezado él mismo?

MARTA.- No lo sé.

CHARO.- Pues chica, yo de ti, aprovecharía para terminar esta historia de una vez.

MARTA.- Y luego está José Joaquín y el asunto de la boda. Yo no es que quiera casarme con él, naturalmente, pero tampoco tiene gracia que viva con su mujer como si tal cosa. Lo menos que podría hacer es separarse.

CHARO.- ¿Su mujer sabe algo?

MARTA.- Nada.

CHARO.- ¿Estás segura?

MARTA.- ¿Cómo no voy a estar segura?

CHARO.- A ti lo que te gustaría es que te dijera que se quiere casar contigo.

MARTA.- Sería un detalle, ¿no crees? Después nos casaríamos o no, pero que lo diga.

CHARO.- Bueno, parece que es contrario al matrimonio.

MARTA.- Sí, pero bien que se casó con su mujer.

(Desde hace rato la dependienta se ha quedado absorta escuchando el diálogo.)

MARTA.- ¿Le interesa?

DEPENDIENTA.- Sí.

(MARTA se fija en un nombre que la dependienta lleva prendido en su uniforme.)

MARTA.- ¿Cómo se llama usted?

DEPENDIENTA.- Lola.

(Y la dependienta se va con el mostrador.)

MARTA.- Claro: ¡Lola! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes?

CHARO.- ¿Sospechas algo?

MARTA.- Desde luego: Lola le está haciendo un chantaje a Andrés y por eso no se pone al teléfono cuando yo le llamo.

CHARO.- ¿Por qué?

MARTA.- Porque tiene miedo. Lola le está dando marcha. Le quiere poner celoso. Seguro que se niega a acostarse con él.

CHARO.- Sí, podría ser.

MARTA.- No lo dudes. ¿Tú no harías lo mismo?

CHARO.- Sí, supongo que sí.

MARTA.- Está clarísimo.

CHARO.- ¿Y qué piensas hacer?

MARTA.- Me parece que voy a poner a Andrés y a José Joaquín en una situación difícil, y a lo verás.

(La música sube para trasladarnos -con el sistema de un elemental cambio de decorado- a casa de MARTA, en donde vemos a ANDRÉS y a JOSÉ JOAQUÍN.)

JOSÉ JOAQUÍN.- Así que usted trabaja...

ANDRÉS.- De modo que usted opera...

JOSÉ JOAQUÍN.- Perdón...

ANDRÉS.- Perdón...

JOSÉ JOAQUÍN.- Decía...

ANDRÉS.- Decía...

JOSÉ JOAQUÍN.- Vaya.

ANDRÉS.- Lo siento.

(No saben como comportarse. Están algo ridículos.)

JOSÉ JOAQUÍN.- Decía que usted trabaja como arquitecto.

ANDRÉS.- Y yo que usted opera en La Paz.

JOSÉ JOAQUÍN.- Bueno, no sólo en La Paz, pero, sí, fundamentalmente en La Paz.

ANDRÉS.- Tengo un estudio de arquitectura: con un amigo.

JOSÉ JOAQUÍN.- Muy interesante.

ANDRÉS.- No, no crea. **(Resultado difícil continuar el diálogo.)** Lo suyo sí que está bien.

JOSÉ JOAQUÍN.- Siempre es menos de lo que parece.

(Una pausa. Sigue sin ser fácil la conversación. Aparece MARTA que les observa divertidamente.)

ANDRÉS.- ¿De modo que es usted especialista...?

MARTA.- Pero, bueno, ¿es que os vais a tratar de usted? ¡Qué antiguos!

JOSÉ JOAQUÍN.- Por mí...

ANDRÉS.- A mí me da igual.

MARTA.- Perfecto. Voy a preparar las bebidas.

(Efectivamente se va MARTA, mientras ANDRÉS y JOSÉ JOAQUÍN reanudan su diálogo.)

JOSÉ JOAQUÍN.- Hago cirugía general, pero, sobre todo, estómago.

ANDRÉS.- Ah, estómago... Muy interesante.

JOSÉ JOAQUÍN.- Aunque no todas las enfermedades del estómago precisan operarse.

ANDRÉS.- No, ¿verdad?

JOSÉ JOAQUÍN.- No, no. ¿A ti te molesta el estómago?

ANDRÉS.- En absoluto. A un amigo..., a un amigo...
mío..., sí le molesta.

JOSÉ JOAQUÍN.- Envíamelo. Si puedo hacer algo por
él...

ANDRÉS.- Bueno, a mí también me molesta un poco...,
casi nada.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Ah, sí?

ANDRÉS.- Sí. Cuando algo me sienta mal..., pues..., siento
cierta molestia.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Qué tipo de molestia?

ANDRÉS.- Pues..., no sé..., como una especie de acidez.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Te despierta por las noches?

ANDRÉS.- A veces.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Y se te calma si comes algo?

ANDRÉS.- Sí... normalmente, sí.

JOSÉ JOAQUÍN.- Ya.

**(JOSÉ JOAQUÍN se calla, con ese silencio tan habitual
en los médicos. ANDRÉS se mosquea.)**

ANDRÉS.- Bueno, pero no es nada.

JOSÉ JOAQUÍN.- Desde luego.

ANDRÉS.- Yo creo que a veces, unas gambas al ajillo...

JOSÉ JOAQUÍN.- Posiblemente.

ANDRÉS.- Si están muy picantes...

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Sientes un ardor que te llega hasta
la garganta?

ANDRÉS.- No. Bueno..., sí. Ahora que lo dices...

JOSÉ JOAQUÍN.- Ya.

**(Y vuelve a caer en su mutismo científico. ANDRÉS
empieza a impresionarse.)**

ANDRÉS.- ¿Qué puede ser?

(Regresa MARTA con las bebidas.)

MARTA.- (A JOSÉ JOAQUÍN.) Tu Martini seco. (A Andrés.) Tu Gin-Tonic con media tónica.

JOSÉ JOAQUÍN.- No, de ninguna manera: Andrés no puede tomar un Gin-Tonic.

ANDRÉS.- (Angustiado.) ¿Por qué?

JOSÉ JOAQUÍN.- (Paternal.) Estás mal del estómago, recuérdalo. (A MARTA.) ¿Qué has preparado para cenar?

MARTA.- Nada, un poco de paté, unas perdicitas escabechadas... Ah, y para empezar, unas gambas al ajillo.

JOSÉ JOAQUÍN.- Mortal.

ANDRÉS.- Bueno, con no tomar las gambas...

JOSÉ JOAQUÍN.- (A MARTA.) ¿No tienes jamón de York?

MARTA.- Sí, creo que sí.

JOSÉ JOAQUÍN.- Pues eso: Jamón de York y leche templada.

ANDRÉS.- ¿Tú crees?

JOSÉ JOAQUÍN.- Gastritis..., es un principio de gastritis.

(MARTA se va. De nuevo se quedan solos JOSÉ JOAQUÍN y ANDRÉS, que está evidentemente inquieto.)

ANDRÉS.- ¿Es grave?

JOSÉ JOAQUÍN.- No. Sobre todo si se toma a tiempo. ¿Te duele la boca del estómago?

ANDRÉS.- Sí, me parece que sí.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿No te había dolido nunca antes?

ANDRÉS.- Sí, pero menos fuerte que ahora.

JOSÉ JOAQUÍN.- Convendría verte por rayos. Estas cosas, si no se cuidan, pueden terminar en una úlcera.

ANDRÉS.- ¿De veras?

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿No será que estás sometido a alguna tensión de tipo emocional?

(Vuelve MARTA con el vaso de leche.)

MARTA.- Aquí está la leche.

ANDRÉS.- Gracias.

JOSÉ JOAQUÍN.- (A MARTA.) Le estaba diciendo a Andrés que a lo mejor está sometido a alguna tensión de tipo emocional.

MARTA.- No, no creo. (A ANDRÉS.) ¿Estás sometido a alguna tensión de tipo emocional?

ANDRÉS.- En absoluto.

MARTA.- Entonces... ¿Puedo hacer una pregunta?

JOSÉ JOAQUÍN.- Adelante.

MARTA.- Vosotros..., ¿qué tal os caéis?

JOSÉ JOAQUÍN.- Yo..., no tengo nada contra tu ex marido.

ANDRÉS.- Ni yo contra tu..., bueno, como se diga.

MARTA.- Muy bien. En este caso lo mejor es actuar limpiamente. Tú, Andrés, empezaste este juego de devolvernos cosas con no sé qué propósito.

ANDRÉS.- Con ninguno; absolutamente con ninguno. Por cierto, que te traía un relicario...

MARTA.- (Sin hacerle caso.) De acuerdo, con ninguno. Y a ti, José Joaquín, te molestó.

JOSÉ JOAQUÍN.- Al principio. Ahora, y a no.

MARTA.- Es verdad: ahora y a no. Pero podría volver a

molestarte.

JOSÉ JOAQUÍN.- Según.

MARTA.- Exacto. Por otra parte, hay dos personas que a lo mejor lo están pasando mal.

ANDRÉS.- ¿Quiénes?

MARTA.- Lola y Amparo.

ANDRÉS.- No, no creo.

JOSÉ JOAQUÍN.- No, en absoluto.

MARTA.- No estéis tan seguros. Por si acaso, lo decente es plantear la situación con franqueza. No quiero que mis conversaciones con Andrés tengan el menor aspecto clandestino. (A JOSÉ JOAQUÍN.) ¿Quieres decir delante de Andrés que no te importa que le vea?

JOSÉ JOAQUÍN.- No, no me importa.

MARTA.- (A ANDRÉS.) ¿Y tú me prometes que no le vas a ocultar nunca a Lola que me estás viendo?

ANDRÉS.- Pero si yo...

MARTA.- ¿Me lo prometes?

ANDRÉS.- Sí.

MARTA.- En este caso, podemos seguir con la lista. ¿O no?

JOSÉ JOAQUÍN.- Sí.

ANDRÉS.- Por supuesto.

MARTA.- Caben dos posibilidades. Primera -más cómoda- : todo sigue igual como hasta ahora; segunda -más excitante- : nos planteamos seriamente la conveniencia de vivir los tres juntos. ¿Qué opináis? (JOSÉ JOAQUÍN y ANDRÉS **se han quedado mudos, lo que aprovecha MARTA para decir a JOSÉ JOAQUÍN...**) ¿Qué tal tu martini? (A ANDRÉS...) ¿Y tu leche?

(A lo que responde ANDRÉS con muy poquita voz...)

ANDRÉS.- Templada.

(Sube una música que, con el correspondiente oscuro, sirve para señalar el final de esta primera parte.)

Segunda parte

Hay una música de fondo. Nos encontramos en un bar en el que un camarero le sirve a ANDRÉS...

CAMARERO.- Su leche templada, señor.

ANDRÉS.- Gracias.

(Se va nuestro actor/camarero y llega JOSÉ JOAQUÍN, lo que obliga a ANDRÉS a levantar la vista del libro que estaba leyendo.)

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Sorprendido?

ANDRÉS.- No demasiado.

JOSÉ JOAQUÍN.- Hace unos días que quería hablar con usted. ¿Puedo sentarme?

ANDRÉS.- Desde luego. (JOSÉ JOAQUÍN **se sienta, a la vez que saca un paquete de cigarrillos.**) Bueno, pues usted dirá.

JOSÉ JOAQUÍN.- Me está usted llamando de usted.

ANDRÉS.- También usted me está llamando de usted.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿No le parece curioso?

ANDRÉS.- Un poco.

JOSÉ JOAQUÍN.- Habíamos quedado en llamarnos de tú.

ANDRÉS.- En realidad, nosotros no habíamos quedado en nada. Fue Marta quien se empeñó en que nos tuteáramos

JOSÉ JOAQUÍN.- De eso quería hablarle.

ANDRÉS.- ¿De qué?

JOSÉ JOAQUÍN.- De Marta..., de usted... y de mí.

ANDRÉS.- Muy bien. Dígame.

(**JOSÉ JOAQUÍN enciende su cigarrillo.**)

JOSÉ JOAQUÍN.- Me parece que estamos viviendo una situación bastante falsa.

ANDRÉS.- Es posible.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿A usted le apetece recordar su vida con Marta delante de mí?

ANDRÉS.- No, no mucho.

JOSÉ JOAQUÍN.- Tampoco a mí me apetece escucharla. Por otro lado, su oferta de vivir juntos era una broma, ¿no le parece?

ANDRÉS.- Desde luego. Marta se educó en las Irlandesas. Estas cosas marcan muchísimo.

JOSÉ JOAQUÍN.- Yo creo que hemos caído en una trampa.

ANDRÉS.- ¿Cuál?

JOSÉ JOAQUÍN.- Para ella es muy cómodo: juega con usted y se divierte conmigo.

ANDRÉS.- ¿Para qué?

JOSÉ JOAQUÍN.- No lo sé, todavía no lo sé.

ANDRÉS.- ¿Está usted celoso?

JOSÉ JOAQUÍN.- Quiero a Marta, pero tengo una mujer, un hijo, una profesión...

ANDRÉS.- Y...

JOSÉ JOAQUÍN.- Y... nada: necesito saber si vale la pena arriesgar todo esto.

ANDRÉS.- Esa pregunta se la debe hacer usted a Marta, no a mí.

JOSÉ JOAQUÍN.- No le estoy haciendo una pregunta: le estoy explicando una sensación. Marta me ha pedido que deje a mi mujer y que me vaya a vivir con ella.

(ANDRÉS le mira a los ojos como intentando descubrir sus intenciones. Después deja caer...)

ANDRÉS.- A mí me resultaría imposible volver a vivir con Marta.

JOSÉ JOAQUÍN.- Tampoco yo sé si podría vivir con ella.

ANDRÉS.- Eso es más grave.

JOSÉ JOAQUÍN.- Sí.

(Hay una pausa.)

ANDRÉS.- ¿Por qué?

JOSÉ JOAQUÍN.- A veces pienso que le gustan los hombres, pero que no los quiere.

(Los dos hombres se sienten cómplices. O víctimas.)

ANDRÉS.- ¿Quiere usted que nos tuteemos?

JOSÉ JOAQUÍN.- Bueno.

(Una música nos lleva a casa de JOSÉ JOAQUÍN - mientras desaparece el bar-, en donde AMPARO está con Paquito, el niño, interpretado por nuestra inapreciable actriz.)

PAQUITO.- Mamá, ¿tú crees que Colón descubrió América?

AMPARO.- Sí, hijo, sí, Colón descubrió América: todo el mundo lo sabe.

PAQUITO.- Pero si Colón descubrió América, ¿por qué América no se llama Colombia?

AMPARO.- No, América no se puede llamar Colombia, porque también Colombia se llama Colombia.

PAQUITO.- ¿Y no sería más lógico que América se llamara Colombia y que Colombia se llamara América?

AMPARO.- No, porque Américo Vespucio -que es de donde viene el nombre de América- no era colombiano.

PAQUITO.- ¿Y Colón era colombiano?

AMPARO.- ¡Qué disparate! ¿Cómo va a ser Colón colombiano? ¡Lo que nos faltaba!

(JOSÉ JOAQUÍN llega de la calle justo para escuchar las últimas frases.)

PAQUITO.- ¿Y el Américo ese era americano?

AMPARO.- No, no era americano.

PAQUITO.- Pues no lo entiendo.

(JOSÉ JOAQUÍN, harto de que el niño sea tan preguntón, interviene un poco desabrido.)

JOSÉ JOAQUÍN.- ¡No hay nada que entender y haz el favor de irte a la cama ahora mismo!

AMPARO.- No le chilles al niño.

JOSÉ JOAQUÍN.- No, si no le chillo.

PAQUITO.- Siempre que te pregunto algo, me mandas a la cama.

JOSÉ JOAQUÍN.- Está bien, perdona. Ven, dame un beso.

AMPARO.- Paquito preguntaba por qué América se llama América y no Colombia.

JOSÉ JOAQUÍN.- Ah, muy interesante.

PAQUITO.- ¿Por qué?

(JOSÉ JOAQUÍN adopta la actitud más paterna posible.)

JOSÉ JOAQUÍN.- Mira, América se llama América y no Colombia, de la misma manera que Colombia se llama Colombia y no América. ¿Está claro?

PAQUITO.- ¿Tú qué quieres que diga?

(**JOSÉ JOAQUÍN cuenta hasta diez.**)

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Te vas a dormir?

AMPARO.- Anda, Paquito, obedece a papá.

PAQUITO.- Sí, bueno, pero sigo sin entenderlo.

(**Y se va, rezongando, a su habitación. AMPARO comenta.**)

AMPARO.- Es muy inteligente.

JOSÉ JOAQUÍN.- Mucho.

AMPARO.- Tiene a quien salir.

JOSÉ JOAQUÍN.- Gracias.

(**Hay una pausa.**)

AMPARO.- ¿Quieres beber algo?

JOSÉ JOAQUÍN.- No, gracias.

AMPARO.- Tienes mala cara. Trabajas demasiado.

(**Hay un silencio y después JOSÉ JOAQUÍN dice de pronto...**)

JOSÉ JOAQUÍN.- Esta situación es insostenible, Amparo.

AMPARO.- ¿Qué situación?

JOSÉ JOAQUÍN.- Esta: la tuya y la mía... ésta.

AMPARO.- ¿Consideras que es insostenible porque tú no estás dispuesto a seguir sosteniéndola?

JOSÉ JOAQUÍN.- Más o menos.

AMPARO.- ¿Y qué piensas hacer?

(**JOSÉ JOAQUÍN está pensando, nerviosamente.**)

JOSÉ JOAQUÍN.- No lo sé.

AMPARO.- ¿No lo sabes o no te atreves a decírmelo?

JOSÉ JOAQUÍN.- No quisiera seguir engañándote con Marta.

AMPARO.- No lo hagas: es muy fácil.

JOSÉ JOAQUÍN.- Pero es que tampoco estoy dispuesto a renunciar a ella.

AMPARO.- En este caso... ¿Qué es lo que prefieres? ¿Que nos separemos?: nos separamos. ¿Que nos divorciemos?: nos divorciamos.

JOSÉ JOAQUÍN.- Lo dices con una frialdad...

AMPARO.- No me gustan los melodramas, ya lo sabes. Por supuesto que habrá que resolver algunos problemas, pero de la forma más sencilla posible.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Y el niño?

AMPARO.- Puede estar algunas temporadas contigo y otras conmigo: se acostumbrará. No ocurre nada, de veras.

JOSÉ JOAQUÍN.- O sea, que no te opones.

AMPARO.- No: ¿por qué iba a oponerme? ¿O tú esperabas que me opusiera? Me voy a dormir. ¿Y tú?

JOSÉ JOAQUÍN.- Sí, y yo también.

(**En una actitud de repente no demasiado incómoda, AMPARO y JOSÉ JOAQUÍN se dirigen hacia su dormitorio. Una música nos transporta al despacho de MARTA para asistir a la conversación entre ella y su amiga CHARO.**)

MARTA.- Bueno, no sabes. Parece que la mujer le ha hecho una escena espantosa. No quiere separarse; ni concederle el divorcio.

CHARO.- ¿Es posible?

MARTA.- Como lo oyes. Primero le gritó, luego le dio un ataque de nervios y al final se desmayó.

CHARO.- ¡Qué espanto!

MARTA.- El pobre José Joaquín lo pasó muy mal, figúrate.

CHARO.- Ya, ya.

MARTA.- Lo peor es que Amparo debe ser bastante miserable.

CHARO.- Me imagino.

MARTA.- Según José Joaquín, tiene mucho sentido de la propiedad. Claro, como su padre es notario...

CHARO.- ¿Y qué vais a hacer?

MARTA.- Pues, chica, lo que estoy haciendo. Le he dicho a José Joaquín que o deja a su mujer o yo me largo.

CHARO.- Bien hecho.

MARTA.- Y como no quiere vivir en casa, pues aquí me tienes a ver si encuentro un piso. (**MARTA lee en la sección de anuncios de un periódico que tenía desde el principio de la escena.**) Aquí hay uno en la calle Ibiza, pero tiene sólo ciento dieciséis metros.

CHARO.- No vale: es muy pequeño.

(**MARTA sigue leyendo.**)

MARTA.- Este tiene buena pinta: Paseo de la Habana, dos dormitorios, cocina con office, amplísimo salón, garaje opcional, dos cuartos de baño. ¿Qué opinas?

CHARO.- No está mal, aunque eso de los dos dormitorios... ¿Para qué quieres tú dos dormitorios?

MARTA.- Nunca se sabe.

CHARO.- ¿No vas a dormir con José Joaquín?

MARTA.- Sí, claro que voy a dormir con José Joaquín, pero, nada, nunca se sabe. (**CHARO no insiste, dando por buena la respuesta. Luego MARTA continúa...**) Lo malo es que si éste del Paseo de La Habana no sirve, no tengo subrayado nada más.

CHARO.- ¿Por qué no vas a una agencia?

MARTA.- ¿Una agencia?

CHARO.- ¿Por qué no?

MARTA.- Sí, claro, ¿por qué no?

(Una música. Ahora nos encontramos en un ático que enseña una portera interpretada por nuestra queridísima actriz. Ah, están también LOLA, D^a AMALIA y ANDRÉS.)

D^a AMALIA.- Lo malo de los áticos es que en verano hace mucho calor.

LOLA.- Bueno, mamá, no pongas pegos: para eso está el aire acondicionado.

D^a AMALIA.- Sí, para que me enfríe. El aire acondicionado es malísimo. Una amiga mía fue a cantar a Bilbao, la metieron en un hotel con refrigeración y se pasó una semana en la cama haciendo vahos.

ANDRÉS.- Ya, pero usted no canta.

D^a AMALIA.- No, ni voy a Bilbao.

ANDRÉS.- Entonces...

D^a AMALIA.- No voy a Bilbao para no hacer vahos: no sé si me explico.

LOLA.- Está bien: no ponemos aire acondicionado. Se abren las ventanas y ya está.

D^a AMALIA.- En invierno.

LOLA.- No, en invierno, no: en verano.

D^a AMALIA.- Pues algo habrá que hacer en invierno, porque los áticos son helados.

ANDRÉS.- Hay calefacción. Esta casa tiene calefacción, ¿verdad usted?

(Se ha dirigido a la portera, quien contesta.)

PORTERA.- Sí señor, central.

D^a AMALIA.- Siempre dicen lo mismo. Mucha calefacción central y luego te pelas de frío.

(ANDRÉS, ya un poco hartado, le habla a LOLA.)

ANDRÉS.- Pero, bueno, ¿tú no querías un ático?

LOLA.- Sí, claro.

D^a AMALIA.- A ésta le gustan los áticos porque es azafata, pero luego la que se queda en casa soy yo.

ANDRÉS.- Y yo.

D^a AMALIA.- No irás a comparar. Lo mío es distinto. Soy una persona delicada: tengo bronquitis.

ANDRÉS.- Y yo un principio de úlcera duodenal.

D^a AMALIA.- Eso es de tanto andar por ahí..., soltero. La gente casada como Dios manda no tiene úlcera duodenal.

PORTERA.- Bueno, yo llevo veinte años de casada y me operaron en el "1.º de Octubre".

D^a AMALIA.- Algo habría usted hecho: a saber.

ANDRÉS.- Mire usted, su hija quería un ático con tres baños, piscina y terraza, y éste tiene dos baños y un polibán, una piscina con trampolín y una terraza con vistas al "pirulí" de la tele.

D^a AMALIA.- ¿Y para qué quiero yo ver el "pirulí" de la tele?

LOLA.- Pero, mamá, la terraza...

D^a AMALIA.- Tengo vértigo. ¿O es que no sabes que tengo vértigo?

ANDRÉS.- Está bien, está bien; sin discusiones: no

compramos el ático. Lo que no comprendo es por qué me habéis metido en este lío. (A LOLA.) ¿Tú no me dijiste que me dejabas si no nos íbamos a vivir juntos?

LOLA.- Por supuesto. Y en cuanto a lo de comprar el ático...

D^a AMALIA.- Tiene razón la niña. Tampoco hay que exagerar. Yo no he insinuado que no compremos el ático, ¿verdad usted?

PORTERA.- Realmente...

D^a AMALIA.- Una cosa es que se estudie la situación y otra muy distinta que se tomen decisiones radicales. El piso es mono y las vistas... aparentes.

LOLA.- O sea, ¿te gusta?

D^a AMALIA.- No está mal. Y en cuanto al "pirulí", pues, bueno, distrae.

(D^a AMALIA, LOLA y ANDRÉS se van mientras suena una música acompañándoles y, casi de inmediato, llegan MARTA y JOSÉ JOAQUÍN. La Portera sigue en escena.)

MARTA.- (A la Portera.) ¿Es usted quien enseña el piso?

PORTERA.- Sí señora.

MARTA.- ¿Lo podemos ver?

PORTERA.- Pruebe.

(Aunque la respuesta de la Portera no es precisamente un ejemplo de buena educación, MARTA y JOSÉ JOAQUÍN empiezan a moverse por el ático.)

MARTA.- ¿Qué te parece?

JOSÉ JOAQUÍN.- Está bien.

MARTA.- Tiene buena luz.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿No será muy caluroso en verano?

MARTA.- ¿Caluroso?

JOSÉ JOAQUÍN.- Sí, los áticos tienen ese problema: calor en verano, frío en invierno...

MARTA.- Habrá una buena calefacción..., supongo, ¿no?

(Le ha hecho la pregunta a la Portera, quien responde profesionalmente y con una absoluta carencia de interés.)

PORTERA.- Central, la calefacción es central.

MARTA.- Y en verano ponemos aire acondicionado.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Con el ruido que hace?

MARTA.- ¿Qué pasa? ¿No te gustan los áticos?

JOSÉ JOAQUÍN.- Sí, sí, me gustan. Sólo daba mi opinión.

MARTA.- La vista es fenomenal.

PORTERA.- Se ve el "pirulí" de la tele.

JOSÉ JOAQUÍN.- Muy interesante.

MARTA.- Oye, si quieres lo dejamos: no tenemos ningún compromiso.

JOSÉ JOAQUÍN.- No, si el piso es agradable, pero los áticos...

MARTA.- No tendrás vértigo, imagino.

JOSÉ JOAQUÍN.- No, ¿por qué iba a tener vértigo? Pero sé lo que pasa: se oye el ascensor a todas horas, el agua llega sin fuerza...

MARTA.- Entonces, ¿qué hacemos? Porque tampoco podemos seguir como estamos.

JOSÉ JOAQUÍN.- Desde luego.

MARTA.- Yo me lo quedaría.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Lo pensamos un poco?

MARTA.- Como quieras.

PORTERA.- No lo piensen mucho, porque hace un rato han venido a verlo unos señores que están interesadísimos.

MARTA.- ¿Ah, sí?

PORTERA.- Vaya.

(Ahora MARTA está alarmada.)

MARTA.- No podemos dejar que se nos escape.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Estás decidida?

MARTA.- De todo lo que he visto, es lo mejor.

JOSÉ JOAQUÍN.- En este caso...

MARTA.- ¿Por qué no vas mañana a la agencia y lo resuelves?

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Mañana?

MARTA.- Yo no puedo acompañarte porque he de ir a Barcelona a un asunto de mi despacho, pero convendría que te acercaras un momento.

JOSÉ JOAQUÍN.- Es que mañana tengo un día difícil.

MARTA.- Ya has oído lo que ha dicho la portera: nos lo van a quitar.

JOSÉ JOAQUÍN.- No sé si voy a poder, de veras.

(MARTA le interpela con evidente brusquedad.)

MARTA.- ¿Qué ocurre? ¿No será que empiezas a sentirte a gusto en tu casa?

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Yo? Pero, ¿qué cosas dices? El viernes iré a la agencia. De veras. El viernes.

MARTA.- ¿Y antes?

JOSÉ JOAQUÍN.- Antes llamaré por teléfono, descuida.

(Se escuchan las voces del presentador y de las personas que intervienen en un famoso concurso de

televisión. Obviamente, nos encontramos en casa de LOLA en donde ésta, su madre y ANDRÉS están sentados a una mesa, comiendo.)

D^a AMALIA.- (Hablándole a ANDRÉS.) Y ahora que caigo: ¿cómo va lo del ático? ¿Cuándo lo compras?

ANDRÉS.- Bueno, parece que hay algún problema.

LOLA.- ¿Problema? ¿Qué tipo de problema?

ANDRÉS.- Pues otra persona está interesada en comprarlo.

D^a AMALIA.- ¿Y qué? No se te habrá adelantado.

ANDRÉS.- No, no exactamente.

LOLA.- ¿Qué quieres decir?

ANDRÉS.- Claro, como tu madre puso tantas pegas...

D^a AMALIA.- ¿Cómo? ¿Que yo puse pegas?

ANDRÉS.- Que si el calor, que si el frío, que si el vértigo...

D^a AMALIA.- ¿Vértigo?, ¿qué vértigo?

LOLA.- Sí, mamá, eso es verdad: dijiste que tenías vértigo.

D^a AMALIA.- ¿Yo vértigo? Ni que fuera Pinito del Oro.

ANDRÉS.- Entonces, bueno, perdí un poco de tiempo. Aunque he llamado por teléfono, naturalmente.

LOLA.- Pues mañana vas y lo compras.

ANDRÉS.- He quedado el viernes.

LOLA.- ¿No puede ser antes?

ANDRÉS.- No: el viernes.

D^a AMALIA.- Está bien, pero lo compras. Nos vamos todos al ático y luego a casarse, que ya va siendo hora. ¿O no?

(ANDRÉS asiente. ¡Qué remedio!)

ANDRÉS.- Sí.

D^a AMALIA.- ¿Qué tal la gallina en pepitoria?

ANDRÉS.- Parece conejo.

LOLA.- ¿Cómo va a ser conejo si es gallina?

D^a AMALIA.- ¿Ves cómo no puedes seguir solo?

(Suben las voces del concurso, lo que aprovechamos para trasladarnos al despacho del señor Vega, director de la agencia inmobiliaria a la cual nos hemos estado refiriendo. Delante de él se encuentra, leyendo unos papeles, JOSÉ JOAQUÍN. El señor Vega está interpretado por nuestro actor de la casa.)

VEGA.- ¿Ha terminado de leer el borrador del posible contrato de opción de compra? ¿Ha visto todas las estipulaciones: precio, plazos, otorgamiento de escritura, etcétera?

JOSÉ JOAQUÍN.- Sí.

VEGA.- Bueno, pues, así, en principio, estamos de acuerdo.

JOSÉ JOAQUÍN.- De acuerdo.

VEGA.- Sólo queda un pequeño inconveniente.

JOSÉ JOAQUÍN.- Dígame.

VEGA.- Tengo otro cliente que también está interesado por el mismo ático. No hay nada firmado, desde luego, porque hasta hoy, viernes, no había pasado por aquí para formalizar los trámites, pero yo soy una persona seria y me parece elemental consultarle antes de cerrar el trato con usted. Al fin y al cabo, él tiene una cierta prioridad. De modo que voy a avisarle.

JOSÉ JOAQUÍN.- Ah, pero, ¿está aquí?

VEGA.- Si no le importa...

JOSÉ JOAQUÍN.- No, por supuesto.

VEGA.- Con su permiso. **(El señor Vega abre una puerta, que se supone da a la habitación de al lado, en donde está esperando ANDRÉS.)** ¿Señor Hernando?

¿Quiere pasar, por favor? (**Entra ANDRÉS quien, al ver a JOSÉ JOAQUÍN, se queda estupefacto. A JOSÉ JOAQUÍN, previsiblemente, le ocurre lo mismo.**) Siéntese, se lo ruego. Ustedes no se conocen: el señor Andrés Hernando, el señor José Joaquín Molero... (**El señor Vega ha hecho las presentaciones al mismo tiempo que él se sentaba, de forma que no advierte la reacción de nuestros protagonistas.**) Bien, vamos a intentar resolver este asunto de la mejor manera posible. Yo soy una persona seria y me gusta plantear las cosas seriamente. Resulta que están ustedes interesados en la compra del mismo piso, pero a la vez -y debo decirlo en su honor- ambos me han llamado repetidas veces por teléfono para advertirme de que si había otra persona que quisiera este ático, ustedes -cada uno por su cuenta, obviamente- estaban dispuestos a renunciar. Está claro que yo podría tomar la decisión, pero como soy una persona seria, no quisiera cargar con esta responsabilidad. De forma que tendrán ustedes que decidirse. (**Se interrumpe, porque ANDRÉS y JOSÉ JOAQUÍN están francamente divertidos.**) ¿Qué ocurre? ¿He dicho algo gracioso?

JOSÉ JOAQUÍN.- No, nada, nada, en absoluto.

ANDRÉS.- El señor Molero y yo nos conocemos... desde hace tiempo.

VEGA.- Bueno, eso facilita la solución del problema.

JOSÉ JOAQUÍN.- Naturalmente.

VEGA.- ¿Quién de ustedes está dispuesto a ceder en sus derechos?

ANDRÉS.- Yo.

JOSÉ JOAQUÍN.- Yo.

VEGA.- No empecemos, por favor. Les ruego que contemplen este tema con toda seriedad.

(**ANDRÉS y JOSÉ JOAQUÍN dudan un poco. Al fin ANDRÉS dice...**)

ANDRÉS.- ¿Por qué no lo decidimos entre nosotros?

JOSÉ JOAQUÍN.- Me parece bien. (**Se dirige ahora al señor Vega.**) ¿Usted qué opina?

VEGA.- Yo..., con tal de que la decisión no se demore...

ANDRÉS.- No se preocupe.

VEGA.- De acuerdo. Pero tienen que decidirse seriamente. Ahora mismo. Me ausento unos minutos mientras ustedes discuten. Soy una persona seria, compréndanlo.

(Se va el señor VEGA y, consecuentemente, ANDRÉS y JOSÉ JOAQUÍN se quedan solos.)

ANDRÉS.- Vaya situación.

JOSÉ JOAQUÍN.- Desde luego.

ANDRÉS.- Y ahora, ¿qué hacemos?

JOSÉ JOAQUÍN.- Bueno, antes que nada debo decirte que de ningún modo quisiera crearte algún problema.

ANDRÉS.- Ni yo, ni yo, por supuesto; yo tampoco quiero crearte problemas.

JOSÉ JOAQUÍN.- A mí me gusta mucho este ático, pero, en fin, si tú lo necesitas más que yo...

ANDRÉS.- No, por favor, por favor, ¿cómo voy a necesitarlo más que tú? Supongo que si quieres este ático es porque por fin Marta y tú habéis decidido vivir juntos.

JOSÉ JOAQUÍN.- Sí, claro, pero Lola y tú...

ANDRÉS.- Sí, también "por fin" queremos vivir juntos, pero nosotros no tenemos prisa.

JOSÉ JOAQUÍN.- Nosotros tampoco; ninguna, ninguna prisa. Además tú vives solo..., en un hotel... Eso debe de ser muy desagradable.

ANDRÉS.- Bueno, ya estoy acostumbrado. Peor es lo tuyo: tener que vivir con tu mujer cuando estás deseando vivir con Marta.

JOSÉ JOAQUÍN.- Ah, sí, claro, terrible, es terrible, pero tú no puedes seguir así..., sin un sitio fijo..., una casa..., un hogar...

ANDRÉS.- Mira, José Joaquín, yo te agradezco tus palabras, pero me imagino que el ático te hace ilusión.

JOSÉ JOAQUÍN.- Muchísima, claro, muchísima.

ANDRÉS.- ¿Lo ves? ¿Cómo voy a quitarte esta ilusión?

JOSÉ JOAQUÍN.- Hombre, el sitio está bien.

ANDRÉS.- Se ve el "pirulí" de la tele.

JOSÉ JOAQUÍN.- Sí, se ve el "pirulí", pero, bueno, tampoco se va a pasar uno el día mirando el "pirulí".

ANDRÉS.- Nada, nada, el ático es tuyo, no se hable más.

JOSÉ JOAQUÍN.- Pero tú lo viste antes, creo.

ANDRÉS.- Como si no lo hubiera visto. En realidad las que se fijaron fueron Lola y su madre.

JOSÉ JOAQUÍN.- Ah, y encima esto: ¿qué van a decir Lola y su madre?

ANDRÉS.- ¿Qué quieres que digan?: lo que yo diga, lo que yo diga. Siempre dicen lo que yo digo.

JOSÉ JOAQUÍN.- No sé, de veras, no sé. Tengo la impresión de que te sacrificas.

ANDRÉS.- Claro que me sacrifico. ¿Y sabes por quién me sacrifico?: por Marta. Tenemos la obligación de sacrificarnos por ella, José Joaquín. Tú la quieres y yo - aunque de otro modo, claro- también la quiero. Marta desea ese ático y nosotros no podemos negárselo, ¿entiendes? Marta tiene que vivir en el ático..., contigo..., naturalmente.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Te parece?

ANDRÉS.- No lo dudes, Pepe -y perdona que te llame así-, no lo dudes. ¿Vamos a buscar al señor Vega?

JOSÉ JOAQUÍN.- Bueno, vamos.

(Y se van en busca del señor VEGA, cuando una música nos conduce previsiblemente a casa de LOLA, en donde su madre habla con aires destemplados.)

D^a AMALIA.- ¿No dijo que vendría a las ocho?

LOLA.- Sí, mamá.

D^a AMALIA.- ¿Y no es hoy viernes?

LOLA.- Sí.

D^a AMALIA.- Pues si hoy es viernes y ya son más de las ocho, o viene en seguida o te la está pegando.

LOLA.- Mujer, iba a la agencia; se habrá entretenido.

D^a AMALIA.- No sé en qué. Para comprar un ático bastan cinco minutos. Si es que se quiere comprar, por supuesto.

LOLA.- Pero, mamá, ¿por qué no va a querer comprar el ático si ha ido a la agencia?

D^a AMALIA.- ¿Y yo qué sé? Los hombres son muy tortuosos; pánfila, queeres unapánfila. **(Suena el timbre de la puerta.)** Anda, abre, que éste me va a oír.

(LOLA abre la puerta y aparece ANDRÉS. Trae una cara de circunstancias realmente llamativa.)

LOLA.- ¿Qué?

ANDRÉS.- ¿Cómo?

D^a AMALIA.- No disimules: mi hija te ha preguntado que qué.

ANDRÉS.- Pero qué ¿sobre qué?

LOLA.- ¡Ay, Andrés, por favor, no me frías la sangre!

D^a AMALIA.- No le frías la sangre, ¿me oyes?, no se la frías.

LOLA.- ¿Qué ha pasado con el ático?

ANDRÉS.- Ah, el ático...

D^a AMALIA.- Sí, el ático... ¿Qué?

ANDRÉS.- No ha sido posible: se lo ha quedado... otro.

(Hay un silencio tremendo y después estalla la tormenta.)

D^a AMALIA.- De manera que te has dejado quitar el ático. Pero, ¿cómo es posible? Desde luego, los hay incautos.

ANDRÉS.- Las cosas no son tan fáciles: surgen problemas.

LOLA.- ¿Y quién se lo ha quedado, si puede saberse?

ANDRÉS.- No lo sé... ¿cómo voy a saber quién se lo ha quedado?

(D^a AMALIA adopta una actitud heroica.)

D^a AMALIA.- Bueno, pues hasta aquí llegó el 23 F. Tú a esta pobre infeliz no le sigues jeringando la existencia.

ANDRÉS.- ¿Qué quiere usted decir?

LOLA.- Compréndelo, Andrés, ya está bien. No tiene gracia que sigas viviendo solo.

D^a AMALIA.- Ninguna, ninguna gracia. Lo del ático era tu última oportunidad.

(ANDRÉS empieza a ponerse a la defensiva.)

ANDRÉS.- ¿Oportunidad?

LOLA.- O consigues el ático como sea o te vienes aquí a vivir con nosotras, ¿verdad mamá?

D^a AMALIA.- Sí, hijito, éste es un piso pequeño, pero ya nos apañaremos: te haremos un sitio en la terraza. Y en seguida, hala, a casaros, que en mi casa no quiero concubinatos.

ANDRÉS.- Pero señora...

D^a AMALIA.- Sí, ya sé que no sé lo que es un concubinato, pero yo me entiendo.

(Y se lleva la mano al corazón en un gesto dramático. ANDRÉS -no sé si hay que decirlo- está aterrado. Una música viene, de momento, a resolver el problema. Nos encontramos, de repente, en la consulta de JOSÉ JOAQUÍN en la clínica de la Paz, quien está estudiando unas placas. Una puerta se abre y aparece una enfermera/secretaria. Nuestra inevitable actriz, ¡claro!)

ENFERMERA.- ¿Quiere usted pasar, por favor?

(Y es ANDRÉS el que pasa.)

JOSÉ JOAQUÍN.- Hola. Siéntate. ¿Cómo estás?

ANDRÉS.- Bien, estoy bien.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Seguro? Tienes ojeras.

ANDRÉS.- ¿Ojeras? No, no son ojeras. La edad...

(Y se ríe, como queriendo estar gracioso. JOSÉ JOAQUÍN, en cambio está muy serio, muy profesional.)

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Y el estómago? ¿Cómo va ese estómago?

ANDRÉS.- Maravilloso, de veras, maravilloso: como lo que quiero, bebo lo que me da la gana...; piedras, digiero piedras.

JOSÉ JOAQUÍN.- Si tú lo dices.

ANDRÉS.- ¿Tengo mal aspecto?

JOSÉ JOAQUÍN.- No muy bueno.

(A ANDRÉS, el tono de JOSÉ JOAQUÍN le impresiona. Y luego..., el ambiente de la clínica..., la consulta..., la bata verde... total: acaba confesando.)

ANDRÉS.- Estoy fatal: acidez, ardores, un dolor que me llega hasta la espalda... No como, no duermo... La otra noche cené un huevo frito y creí que me moría.

JOSÉ JOAQUÍN.- Hombre, claro, un huevo frito, ¿a quién se le ocurre?

ANDRÉS.- Es malo, ¿no?

JOSÉ JOAQUÍN.- Malísimo. **(Da la malvada impresión de que JOSÉ JOAQUÍN se está empezando a**

divertir con ANDRÉS.) Tienes que cuidarte.

ANDRÉS.- Sí, ¿verdad?

JOSÉ JOAQUÍN.- No querrás acabar en mis manos.

ANDRÉS.- No, claro que no.

JOSÉ JOAQUÍN.- Ahora mismo voy a pedir hora para que te hagan un examen radiológico.

(JOSÉ JOAQUÍN hace ademán de llamar por teléfono a la enfermera.)

ANDRÉS.- No, no, espera. En realidad no he venido a hablarte de mi estómago.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Ah, no?

ANDRÉS.- No... verás... yo he venido a hablarte del ático.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Del ático?

ANDRÉS.- Sí... tengo un problema espantoso... Resulta que Lola y su madre se han empeñado en que viva con ellas.

JOSÉ JOAQUÍN.- Bueno, ¿y qué?

ANDRÉS.- Pues que vivir con ellas en casa de ellas puede ser tremebundo.

JOSÉ JOAQUÍN.- Vete a vivir con ellas a otro sitio.

ANDRÉS.- No puede ser.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Por qué?

ANDRÉS.- Porque se han encaprichado del ático. Dicen que o vivimos en el ático o en su casa.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¡Qué estupidez!

ANDRÉS.- ¿Verdad?

JOSÉ JOAQUÍN.- Bueno, ¿y yo qué puedo hacer?

(ANDRÉS toma un poco de aire para decir lo que tiene que decir. Por fin, lo suelta.)

ANDRÉS.- ¿Tú no me podrías ceder ese ático?

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿A estas alturas? Pero, ¿cómo se te ocurre?

ANDRÉS.- Sí, ya sé que es una pretensión excesiva, que llega un poco tarde, pero entre amigos...

JOSÉ JOAQUÍN.- No, no, imposible. ¡Qué disparate! Lo siento Andrés, de veras, pero no. Además está ya todo preparado..., incluso hemos comprado un "chester".

ANDRÉS.- ¿Un qué?

JOSÉ JOAQUÍN.- Un "chester": un sofá.

ANDRÉS.- Me quedo, me quedo con el "chester", me lo quedo.

JOSÉ JOAQUÍN.- No, no, de ninguna manera, ni hablar. **(Pero de repente el tono de JOSÉ JOAQUÍN varía, para añadir como quien no quiere la cosa...)** Aparte de que..., bueno..., tendría que consultarlo con Marta.

ANDRÉS.- ¿Por qué no lo haces?

JOSÉ JOAQUÍN.- Ya sé lo que va a decirme, pero si te empeñas...

ANDRÉS.- Por favor, Pepe, -ay, perdona-, pero estoy desesperado.

JOSÉ JOAQUÍN.- Está bien, está bien, hablaré con Marta, te lo prometo. Pero nada, nada, va a decir que no. **(Se ha levantado para darle a ANDRÉS unas palmaditas en la espalda. A lo mejor está encantado. En ese momento entra la enfermera.)** Enfermera: Perdone, doctor, pero está aquí...

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Quién? Enfermera: Su mujer. Bueno, no exactamente su mujer, pero...

JOSÉ JOAQUÍN.- Está bien, dígame que espere un momento: en seguida la recibo. Enfermera: Sí, doctor.

(La enfermera se va. JOSÉ JOAQUÍN y ANDRÉS siguen hablando.)

JOSÉ JOAQUÍN.- Es Marta.

ANDRÉS.- Ya, ya lo supongo. ¿Y qué hacemos? ¡Dios mío, qué vodevil!

JOSÉ JOAQUÍN.- Tú no querrás que te vea.

ANDRÉS.- Hombre, no es el momento.

JOSÉ JOAQUÍN.- Vete por esa otra puerta. Ya te llamaré.

ANDRÉS.- Gracias. Y no te olvides de lo del ático.

JOSÉ JOAQUÍN.- Descuida, no lo olvidaré.

(Se va ANDRÉS y JOSÉ JOAQUÍN llama a la enfermera para decirle.)

JOSÉ JOAQUÍN.- Dígale a la señora que pase, hágame el favor.

(La Enfermera se va y en seguida aparece MARTA.)

MARTA.- Oye, no quisiera molestarte, pero habíamos quedado en que te venía a buscar para ir a la Ópera.

JOSÉ JOAQUÍN.- Sí, claro, desde luego. **(Pero se le nota algo distraído. O nervioso.)**

MARTA.- ¿Te ocurre algo?

JOSÉ JOAQUÍN.- No, nada. ¿Qué va a ocurrirme?

MARTA.- Pues deja de moverte, ¿quieres? **(Es verdad. JOSÉ JOAQUÍN ha estado moviéndose todo el rato. Ahora se detiene para decir.)**

JOSÉ JOAQUÍN.- Andrés ha estado aquí.

MARTA.- ¿Cuándo?

JOSÉ JOAQUÍN.- Ahora: hace unos minutos.

MARTA.- ¿Y qué quería?

(JOSÉ JOAQUÍN contesta, como queriendo quitarse la frase de encima.)

JOSÉ JOAQUÍN.- Quiere que le entregue el ático.

(A MARTA la idea le parece indignante.)

MARTA.- De modo que ha tenido el tupé de pedirte el ático.

JOSÉ JOAQUÍN.- Estaba angustiado. Tiene muy mala cara.

MARTA.- Sí, bueno, pero no vamos nosotros a quedarnos sin el ático sólo porque Andrés tiene muy mala cara.

JOSÉ JOAQUÍN.- No, claro.

MARTA.- Te habrá hecho una escena: es muy aficionado.

JOSÉ JOAQUÍN.- No sé..., parecía sincero.

MARTA.- Está loco. ¿A quién se le ocurre salir ahora con la pretensión de que le devolvamos el ático?

JOSÉ JOAQUÍN.- Sí, eso le dije.

MARTA.- ¿Y qué te contestó?

JOSÉ JOAQUÍN.- Lola y su madre le han hecho una especie de chantaje.

MARTA.- No me extraña, de esas no me extraña. ¿Qué tipo de chantaje?

JOSÉ JOAQUÍN.- Pues o consigue el ático o se tiene que ir a vivir con ellas..., ¡a su casa!

MARTA.- ¡Qué horror! Ahora comprendo que esté desesperado.

JOSÉ JOAQUÍN.- Sí, me imagino.

MARTA.- Pero nosotros no podemos ayudarle. A mí, en el fondo, Andrés me cae bien.

JOSÉ JOAQUÍN.- Y a mí.

MARTA.- Sólo que no vamos a sacrificarnos, ¿no te parece?

JOSÉ JOAQUÍN.- No, claro.

MARTA.- Además, que ya lo tenemos todo muy adelantado. ¿Le dijiste que hemos comprado un "chester"?

JOSÉ JOAQUÍN.- Sí.

MARTA.- ¿Y...?

JOSÉ JOAQUÍN.- Se lo queda, dijo que se lo queda.

MARTA.- Bueno, pues ni aun así. Es un ático fenomenal. ¿Cómo vamos a perderlo?

JOSÉ JOAQUÍN.- Desde luego.

MARTA.- Por cierto: habrá que ir pensando en comprar más muebles.

JOSÉ JOAQUÍN.- Sí, naturalmente.

MARTA.- Porque algún día nos trasladaremos, ¿no?

JOSÉ JOAQUÍN.- Claro.

MARTA.- No es que corra prisa, pero en fin... ¿Qué? ¿Nos vamos a la Ópera?

JOSÉ JOAQUÍN.- Ahora mismo. **(Y empieza a cambiarse la bata de médico por su chaqueta de vestir mientras añade...)** Entonces, ¿qué hago con Andrés? ¿Hablo con él?

MARTA.- No, deja, ya lo haré yo. ¿Sigue teniendo el mismo número de teléfono?

JOSÉ JOAQUÍN.- Sí, creo que sí.

MARTA.- Bueno, pues yo le llamo.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿No te resultará incómodo?

MARTA.- Prefiero decírselo yo: es mejor.

JOSÉ JOAQUÍN.- Como quieras.

(Y se van, mientras suena una música que nos aproxima al final de esta historia y, un poquito antes, al ático que ya conocemos y que sigue vacío, aunque con el "chester" que se supone compró JOSÉ JOAQUÍN. Sentado en él está ANDRÉS. Al cabo de nada llega MARTA.)

MARTA.- Hola.

ANDRÉS.- Hola.

(**MARTA pasa cerrando la puerta tras ella. ANDRÉS se ha levantado.**)

MARTA.- Vaya sorpresa, ¿no?

ANDRÉS.- No esperaba que me citaras aquí.

MARTA.- Pues y a ves. Siéntate.

(**ANDRÉS vuelve a sentarse; obviamente en el "chester", porque no hay otro sitio.**)

ANDRÉS.- ¿Esto es el "chester"?

MARTA.- Sí.

ANDRÉS.- No me gusta.

MARTA.- A mí tampoco.

ANDRÉS.- Es como de médico.

MARTA.- Exacto. Lo eligió José Joaquín.

ANDRÉS.- ¿Tú no te sientas?

MARTA.- No, de momento, no. (**Hay una pequeña pausa que ANDRÉS aprovecha para encender también un cigarrillo. MARTA lo hizo antes.**) Bueno, ¿qué te pasa?

ANDRÉS.- ¿José Joaquín no te ha contado algo?

MARTA.- Algo.

ANDRÉS.- O me cedéis el ático o me tengo que ir a vivir a casa de Lola.

MARTA.- Con Lola.

ANDRÉS.- Sí, claro, con Lola.

MARTA.- Y con su madre.

ANDRÉS.- Sí, también con su madre.

MARTA.- ¿Y por qué no te vas a vivir solo?

ANDRÉS.- No, no puedo: eso sería perder a Lola.

MARTA.- Ya. Y tú no quieres perder a Lola.

ANDRÉS.- No.

MARTA.- Sería una lástima.

ANDRÉS.- Una lástima.

(MARTA pasea por el salón vacío. Mientras, ANDRÉS sigue en el "chester".)

MARTA.- En cambio, vivir aquí con Lola y con su madre supones que va ser una delicia.

ANDRÉS.- Bueno, tanto como eso...

MARTA.- Sí, sí, una delicia, confiésalo. Si no, no estarías tan empeñado en que te dejemos el piso.

ANDRÉS.- No..., lo que ocurre es que, entre vivir en su casa o aquí, prefiero aquí.

MARTA.- Claro, por supuesto, este ático con la madre de Lola ganaría mucho.

ANDRÉS.- Con la madre de Lola y con Lola.

MARTA.- Ya, pero Lola viaja continuamente..., es azafata. ¿O ya no es azafata?

ANDRÉS.- Sí, es azafata.

MARTA.- Por eso digo. Todos los días aquí..., con su madre...

(ANDRÉS está apurando su cigarrillo.)

ANDRÉS.- ¿Dónde tiro la colilla?

MARTA.- Ah, perdona. Toma.

(Se acerca con un plato y se sienta al lado de ANDRÉS quien, instintivamente, se levanta llevándose el plato.)

ANDRÉS.- Cuentas las cosas de una manera...

MARTA.- ¿De qué manera?

ANDRÉS.- Lo de la madre de Lola.

MARTA.- Ah, ¿no es verdad? ¿O tú crees que por vivir en este ático las cosas van a ser distintas?

ANDRÉS.- No, supongo que no.

MARTA.- Entonces...

(Hay otra pausa. ANDRÉS empieza a reaccionar.)

ANDRÉS.- ¿Y tú? ¿Tú crees que van a ser distintas?

MARTA.- ¿El qué?

ANDRÉS.- Las cosas..., las tuyas.

MARTA.- ¿A qué te refieres?

ANDRÉS.- ¿Te imaginas todas las noches sentada en este sofá...? ¿Cómo se llama que siempre se me olvida?

MARTA.- "Chester".

ANDRÉS.- Eso... ¿En el "chester" viendo la televisión?

MARTA.- No pienso pasarme todas las noches viendo la televisión.

ANDRÉS.- Te las pasarás. Unas veces sola y otras con José Joaquín, pero te las pasarás; la convivencia es esto.

MARTA.- ¿Ver la televisión?

ANDRÉS.- Ver la televisión, compartir el baño, arreglar la cisterna, llamar al electricista, llenar la nevera, comprar coca-cola...

MARTA.- Bueno, al fin y al cabo, eso es lo que hice contigo.

ANDRÉS.- Lo hiciste a medias.

MARTA.- A medias, pero lo hice.

ANDRÉS.- Sí, y por eso salió mal.

MARTA.- ¿Me acercas el plato? No sé qué hacer con la colilla. **(ANDRÉS le acerca el plato a MARTA y se sienta a su lado. Ahora están los dos en el sofá. Hay una pausa.)**
¿Siempre sale mal?

ANDRÉS.- No, no siempre. Lo que ocurre es que tú y yo -seguramente sin querer- hemos elegido la soledad.

MARTA.- ¿Tú crees?

ANDRÉS.- ¿De veras te sientes capaz de vivir con José Joaquín?

MARTA.- No lo sé. ¿Y tú con Lola?

ANDRÉS.- Tampoco lo sé.

MARTA.- Quizás lo mejor sería que este ático se lo quedara José Joaquín.

ANDRÉS.- O Lola con su madre.

MARTA.- Sí, también ésta sería una buena idea.

ANDRÉS.- Lo malo es que lo has comprado tú.

MARTA.- Con José Joaquín.

ANDRÉS.- Y esto no tiene remedio.

MARTA.- No, no lo tiene. ¿Me das un cigarrillo?

ANDRÉS.- Claro.

(Y ANDRÉS le da un cigarrillo para que así se pueda terminar esta escena. Suena una música mezclada con las voces intermitentes del anuncio de algún vuelo. Estamos en el bar del aeropuerto de Barajas. Sentado en una mesa vemos a JOSÉ JOAQUÍN con un maletín de viaje próximo a él. Casi enseguida llega MARTA, guardándose las llaves del coche en el bolso.)

MARTA.- Perdona. ¿Te he hecho esperar?

JOSÉ JOAQUÍN.- No, no te preocupes.

MARTA.- El parking estaba lleno y he tenido que dar una vuelta.

(Se ha sentado y JOSÉ JOAQUÍN le pregunta...)

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Quieres tomar algo?

MARTA.- No, gracias.

(JOSÉ JOAQUÍN llama al camarero, quien acude solícito. Es nuestro conocido actor.)

CAMARERO.- ¿Qué desean?

JOSÉ JOAQUÍN.- Yo un martini. (A MARTA.) ¿Y tú?

MARTA.- Un Gin-Tonic: con media tónica. (El Camarero se va, mientras JOSÉ JOAQUÍN se queda sorprendido ante la petición -insólita- de MARTA. Cuando el Camarero se ha ido, esta dice...) ¿Cuándo vuelves?

JOSÉ JOAQUÍN.- El sábado por la mañana.

MARTA.- Si puedo, te vendré a buscar.

JOSÉ JOAQUÍN.- Gracias. (Hay una pausa.) ¿Qué quieres que te traiga de París? (Pero MARTA no contesta.) ¿No me oyes? He dicho que qué quieres que te traiga de París.

MARTA.- Ah, pues nada..., nada.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Te pasa algo?

(MARTA por fin contesta.)

MARTA.- Mira José Joaquín, he estado pensando y...

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Y qué?

MARTA.- Que me parece que es un poco precipitado que nos vayamos a vivir juntos.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Precipitado?

MARTA.- Yo te quiero, te quiero mucho, y a lo sabes, pero me asusta la convivencia.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Ahora..., de repente?

MARTA.- No sé..., estoy tan acostumbrada a vivir sola...
(**JOSÉ JOAQUÍN no sabe qué contestar aunque, en el fondo, tal vez no está tan preocupado como debiera.**)
¿Qué opinas?

JOSÉ JOAQUÍN.- Lo pensaré. A mi vuelta de París, hablaremos.

(**Se escucha un altavoz que advierte, "salida inmediata del vuelo de Iberia 805 con destino París. Se ruega a los señores pasajeros se dirijan a la puerta 17, por favor". Y se sigue oyendo el mismo mensaje en otros idiomas, mientras MARTA dice...**)

MARTA.- Bueno, supongo que tengo que irme. (**La situación es muy desagradable.**) ¿Me espero a que pagues?

JOSÉ JOAQUÍN.- No, no hace falta. Márchate.

MARTA.- ¿Y qué hacemos con el ático?

JOSÉ JOAQUÍN.- No sé. Da igual. Podríamos regalárselo a Andrés.

MARTA.- ¿A Andrés? No creo que Andrés lo quiera. ¿Por qué no te lo quedas tú?

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Yo? ¿Para qué voy a querer yo un ático?

(**Se dan la mano. Después, MARTA se va. JOSÉ JOAQUÍN deja un dinero sobre la mesa y también se marcha. Al hacerlo, tropieza con LOLA quien, sin duda, va camino de su avión. Está vestida de azafata.**)

LOLA.- Perdone.

JOSÉ JOAQUÍN.- Lo siento.

LOLA.- ¿Le he hecho daño?

JOSÉ JOAQUÍN.- En absoluto.

LOLA.- Es que he de incorporarme a mi vuelo: llego tarde.

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿A dónde vuela usted?

LOLA.- A París. ¿Y usted?

JOSÉ JOAQUÍN.- También a París. ¡Qué raro!

LOLA.- Entonces volamos juntos. Disculpe, pero he de irme. Le veré a bordo.

(**LOLA empieza a andar, pero aún JOSÉ JOAQUÍN le pregunta...**)

JOSÉ JOAQUÍN.- ¿Cómo se llama usted?

LOLA.- (**Despidiéndose con la mano.**) Lola.

JOSÉ JOAQUÍN.- No es posible.

LOLA.- ¿Por qué?

JOSÉ JOAQUÍN.- Por nada.

(**LOLA se va definitivamente y JOSÉ JOAQUÍN la sigue aunque no con mucha prisa, porque sabe que, de todas formas, la va a encontrar en el avión. Entonces llega el camarero con el martini y el gin-tonic. Al ver que está solo, se queda sorprendido. En ese momento, una señorita -nuestra actriz- se sienta a la mesa.**)

SEÑORITA.- Me encanta el Gin-Tonic. ¿Puedo? (**Y coge el Gin-Tonic que traía el camarero.**) Con media tónica, supongo.

CAMARERO.- Por supuesto.

(**La señorita bebe un poco.**)

SEÑORITA.- ¿De qué nos conocemos?

CAMARERO.- Lo ignoro. La vida, quizás.

(**La señorita vuelve a beber.**)

SEÑORITA.- ¿No se sienta?

CAMARERO.- Gracias.

(El camarero se sienta al lado de la señorita.)

SEÑORITA.- ¿Le gustan los martinis?

CAMARERO.- Me chiflan.

SEÑORITA.- **(Dando permiso al camarero para que beba.)** Entonces...

(Beben los dos. Hay una pausa y el camarero dice...)

CAMARERO.- Creo que van a vender un ático a muy buen precio. ¿Qué le parece?

SEÑORITA.- ¿Se ve el "pirulí" de la tele?

CAMARERO.- Creo que sí.

SEÑORITA.- ¡Fan-tás-ti-co!

(Y brindan mirándose a los ojos.)

TELÓN

Madrid, 10 de febrero de 1990